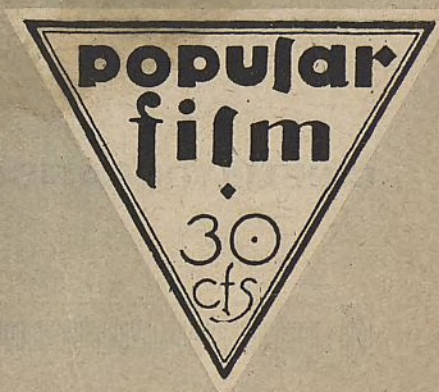


BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

234



Ayuntamiento de Madrid

||| **SEÑORITA!!!**



¿...Ya ha visto usted la película
de la mujer y para la mujer

REUNIONES PROHIBIDAS?...

Se proyecta en sus salones preferidos.

ROSELLÓN CINEMA y CINE PARÍS.

CINEMATOGRAFICA ALMIRA : Rambla Cataluña, 46 - Teléfono 13843

—¿Has penetrado hasta el calabozo?
—Matar a tres de tus amigos.
—¿Qué hiciste en el castillo?
—un ademan casi amistoso:

El adelantó, pero no mucho, y me preguntó haciendo gas, y me esperó. Me detuve a algunos pasos de él.

monedas en la mano. Luego montó a caballo, a mujer- chacha lloraba asustada. Ruperto, riendo, le puso unas sacó de la silla y la puso suavemente en el suelo. La mu- Sin dejarse intimidar por sus gritos, maese Ruperto la ciudad, llevando un cesto de provisiones.

Era la hija de algún hortelano que iba al mercado de la Había detenido a una aldeana que pasaba a caballo. alcancé.

ma vez. Le percibí, pero tan lejos, que no estaba a mi zas y corrí hacia donde había visto a mi enemigo por últi- de despertar los ecos del bosque. Reuní mis posturas fuer- to, pues un grito, un grito de mujer desesperada acababa Me dejé caer al suelo rendido, pero me levante al pun- otra vez.

Ruperto reparó hacia la derecha y se desvaneció. Tuve que detenerme para resollar. Un momento después Se burlaba de mí, seguro de que no podía alcanzarle. apareció.

con la mano me hacía una despedida irónica. Luego des- Vo jadeaba, no podía más. Vi de pronto que se volvía y Vela a Ruperto a un centenar de metros delante de mí. Serían las tres de la mañana y apuntaba el alba.

vieron pronto a ambos. Las sombras espesas del bosque de Zenda nos envol- y proseguí corriendo...

tardó en alcanzar mucha ventaja. Mas no me descorazoné Pero nada quería oír. Como era joven y vigoroso, no le que se detuviera.

do de la prudencia. Me lancé en su seguimiento gritando- Era la primera vez que vela a Ruperto tomar el parti-

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

A N T H O N Y H O P E

y con los ojos muy abiertos por la admiración, pues me había visto en Zenda.

Y tal como estaba, pálido, chorreando agua, cubierto de lodo y sangre, no por ello dejaba de ser el Rey.

Al saber que el soberano vivía, quise lanzar un hurra; pero las fuerzas me engañaron.

Estaba sin voz. Apoyé la cabeza en el hombro de Fritz, dejando escapar un quejido. Luego, temiendo que Fritz interpretara mal mi silencio, probé de nuevo a gritar hurra.

Pero no pude. Estaba cansado, sentía frío... Me apreté contra Fritz para calentarme, mis ojos se cerraron. Dormí.

* * *

Para completar el relato de lo ocurrido aquella noche en el castillo de Zenda, me toca explicar lo que me dijeron luego Fritz y Antonieta Maubán.

Se verá como el grito que debía lanzar a las dos de la noche y que se adelantó a causa de la brutalidad de Ruperto, fué, en definitiva, lo que nos salvó a todos.

La desdichada mujer, llevada del amor que sentía por el duque, o quizá por la ambición, siguió a su amante a Ruritania. El duque era un hombre violento y enérgico; pero muy dueño de sí mismo en todas ocasiones. La señora Maubán, muy enamorada, no tardó en sufrir atrocemente, sobre todo cuando advirtió que tenía una rival temible en la princesa Flavia.

Desesperada, quiso a toda costa conservar el amor del duque, y cuando éste marchó a Zenda, le siguió, haciéndose así solidaria de su buena o mala suerte. Pero a pesar de que quería al bastardo, no sonsintió en hacerme caer en la celada que me preparaba aquél, y me avisó. La carta escrita a Flavia podía estar inspirada por los celos o por la piedad; pero de todos modos sirvió nuestra causa.

Desde aquel día estuvo de corazón con nosotros. Esto

metros de mí, corriendo como un gamo hacia el bosque. En un instante, indiferente al peligro, me dejé deslizar y puse pie en tierra. Vi que Ruperto estaba a unos treinta

Y le vi desaparecer. pero la ocasión no es muy propicia.

—De buena gana charlaría un rato contigo—añadió—; tillo tocó a rebato y un grito estridente resonó en el foso.

E iba sin duda a continuar, cuando la campana del cas- —¡Cargue el diablo con las mujeres!...—dijo.

Sonrió. es que estoy.

—No importa saber lo que hago—respondí—; el caso me como una mariposa. Solte, pues, la cuerda.

taba de pie en la orilla, espada en mano, y podía ensartar- Me cogí a la cuerda; pero no tardé en soltarme. Es-

Mientras hablaba así saltaba a la orilla. ahí, hombre?

—¡Voto al diablo! Es el primer actor. ¿Qué hace por Un minuto más tarde gritaba:

rostro. debía de estar yo tan pálido, que tal suposición era ve-

Creo que, por un momento, me tomé por el Rey. Y Su voz delataba sorpresa, casi espanto.

—¿Quién está ahí?—gritó. ascensión, me vió, porque al oír ruido miró hacia abajo.

Llegué debajo de ella, y él, que estaba en mitad de su —¿Quién demonios habrá puesto ahí esta cuerda?

entre dientes: Vo estaba bastante cerca de él para poder oír que decía

dado con la cuerda. De pronto lanzó una exclamación de alegría. Había

pido para ganar tierra, nadaba más despacio. adelante, quizá porque el ocupado en buscar un sitio pro-

Reuní toda mi energía y nadé con más rapidez; me mensa ventaja.

encontrara, quizá no. En el primer caso, me llevaría in-

A N T H O N Y H O P E

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

lacayos! ¡Ven a pelear, Miguel; bien puedes batirte por ella!

Si el combate continuaba, aun podría tomar parte en él. Di nuevamente vuelta a la llave y miré hacia fuera.

CAPÍTULO XIX

PERSIGUIENDO A RUPERTO DE HENTZAU

Durante unos momentos no pude distinguir nada claramente: el brillo de las linternas y antorchas que había al otro lado del puente me deslumbraba. Sin embargo, poco a poco se aclaró la escena; una escena bien rara.

El puente estaba bajado. Al otro lado de él, enfrente de mí había un grupo de criados del duque. Dos o tres de ellos llevaban las antorchas cuya luz me había deslumbrado; tres o cuatro blandían picas. Formaban grupo y estaban en actitud amenazadora. Tenían los semblantes pálidos y convulsos. A decir verdad, sentían miedo, miedo cervical y miraban con aprensión a un hombre que había en mitad del puente, espada en mano.

Ruperto Hentzau estaba en mangas de camisa y tenía la pechera manchada de sangre; pero su soltura, su actitud, decían que no había recibido ninguna herida, ni siquiera un rasguño. Y aparecía osado, insolente, impidiendo el paso a todos y excitándoles a que le trajeran el duque Negro para entendedérselas con él. Y ellos, como no tenían armas de fuego, temblaban ante aquel espantajo decidido a todo, y no se atrevían a arremeterle. Mascullaban confusas injurias, y en la última fila, apoyado en el montante de una puerta, vi a mi amigo Juan que procuraba contener la sangre que manaba de una herida que tenía en la mejilla.

Por un azar providencial era yo el árbitro de la situación. Aquellos cobardes, que no se atrevían contra un solo

Llegaría a ella antes que yo pudiera utilizarla. Quizá la tierra. Vi que no había ninguno adecuado, pero la cuerda estaba junto al dique buscando un puesto para tomar. Se volvió sin dejar de nadar.

—¡Ruperto, detente, detente!

Llegar al ángulo del viejo castillo, grité:

Nadaba con rapidez y fácilmente, en tanto que yo avanzaba con trabajo a causa de mi brazo herido. El ganaba espacio. Durante unos minutos nada en silencio. Pero al salir el parapeto desecoso de batirme con él. Vela su cabeza rizada que emergía del agua a unos quince metros delante de mí.

Lo mismo que Ruperto de Hentzau, espada en mano —¡El Rey!

Hubo un murmullo de admiración:

do al suelo el revólver, me lancé al puente a mi vez.

El Rey no tenía ya necesidad de mí. Entonces, arrojando —¡Diablo! ¡Es el duque! ¡Esta muerte!

y luego la voz de Sapt que decía:

En el mismo momento oí ruido de pasos apresurados y saltó al agua.

Y antes que ella o yo pudiésemos evitarlo, salvó la bala: —No puedo amenazar lo que he amado.

disparara, se inclinó graciosamente ante ella y dijo:

No hizo ninguna de ambas cosas: antes que Antonieta y entonces yo le mataba.

Hubiese sido locura atronatar tal peligro. Sólo dos cosas cabía hacer: o lanzarse hacia ella o retroceder hacia mí.

supremo, dominó su turbación, y tranquila, serena, apun- to nuevamente.

No hizo caso de tales palabras. Haciendo un esfuerzo ido al infierno esta noche.

si sus ojos no fuesen más asesinos que sus balazos, no me encontraba en tal trance y el duque Negro no se hubiese —A fe mía, señora — exclamó Ruperto riendo — que

EL PRISIONERO DE ZENDA

A N T H O N Y H O P E

hombre no osarían tampoco resistirme. El único obstáculo serio era el mismo Ruperto de Hentzau. Con levantar mi revólver, encañonarle y disparar, le enviaba al otro mundo a dar cuenta de sus crímenes. Era una cosa bien sencilla, y, sin embargo, no la hacía.

¿Por qué?

Aquella noche había matado a dos hombres sin combate y a otro, más por suerte que por destreza — o por lo menos, yo lo creía así—. Y ahora por muy infame que fuera el tunante que tenía al alcance de mi arma, no me sentía dispuesto a juntarme a los que le amenazaban.

Al sentimiento instintivo que me impedía atacarle, se unía una viva curiosidad de saber lo que iba a ocurrir.

—¡Miguel, miserable perro, si puedes dar un paso, ven! — vociferaba Ruperto.

Y a medida que avanzaba, el grupo retrocedía.

—¡Ven, ven de una vez!

Por toda contestación llegó hasta mí el grito desgarrador de una mujer que decía:

—¡Está muerto! ¡Dios mío, está muerto!

—¡Muerto! — exclamó Ruperto—. No creía haber hecho obra tan meritoria.

Y reía de un modo triunfante.

—¡Ea, dejad esas armas! — continuó—. ¡Yo soy aquí el amo! ¡Dejad las armas!

Sin duda obedecieron los cobardes, a no ser porque ocurrieron nuevos incidentes. Se oyó un ruido lejano, gritos, llamamientos, alabadas.

El corazón me brincó en el pecho. ¿Serían mis amigos que, a pesar de mis órdenes, acudían en mi auxilio? Pero toda la atención de los demás actores se encontraba concentrada en un nuevo personaje, una mujer que se adelantaba, tambaleándose, por el puente.

Era Antonieta Maubán, pálida como la muerte, fulgurantes los ojos. Su mano temblorosa empuñaba un revólver que descargó contra Ruperto, sin hacer blanco.

ba a punto de lanzarse sobre mí, le hizo dar media vuelta, Ruperto le reconoció, y reteniendo el caballo que estaba ver. Era Fritz von Tartenheim, mi fiel amigo.

otros, a todo escape de su caballo, empuñando un revólver, y vimos a un hombre que volaba hacia nosotros, cuando en aquel mismo instante oímos altos clamores.

No habría vacilado, sin duda, y podía darme por muerto. Pensaba que el joven bandida acabaría conmigo.

falta de fuerzas. Yo había caído de rodillas, dada mi bado, pues de lo contrario me matara sin duda, dada mi La violencia de mi ataque le había sorprendido y tur- ces le alcance y herí en el rostro, en la mejilla, haciéndole Retrocedí luego para tomar un nuevo empuje. Entonces di una estocada. Paró y contestó.

pero el ataque. Corrí como un poseído. Cogí las riendas y Durante un momento vacilé. Avanzando las riendas es- Loco de ira, sin pensar lo que hacía, me adelanté a él. —¿Delante de una mujer? — exclamó señalando a la —¡Diablo! Estaba entre dos fuegos.

—Ha, eché pie a tierra ahora y pelea como un hombre. —Podía matarte como un perro. Tenía mi revólver cargado en la mano.

—¡Ah!

sin acertarte.

—Cuando estabas en el puente y Antonieta disparó —¿Cuándo?

—¿Te perdóné la vida.

—¿Cuál?

—He hecho otra cosa, además.

—¡Imbecil! — dijo alegremente Ruperto.

—Le hirió Detchard antes que pudiera yo matar a ese —¿Y el Rey?

—Sí.

A N T H O N Y H O P E

EL PRISIONERO DE ZENDA

y echando con ademán altivo hacia atrás su cabeza y sonriendo, me gritó:

—¡Hasta otra, Rodolfo Rassendyll!

Y con la mejilla ensangrentada, pero con labio sonriente, Ruperto me saludó. Saludó asimismo a la aldeanita, que se había acercado temblorosa, y partió a galope, despidiéndose de Fritz con un ademán, al que contestó mi amigo con un disparo.

La bala iba bien dirigida, porque chocó con la espada que el bergante empuñaba, y que soltó lanzando una maldición.

Le seguí mucho rato con la mirada. Se alejaba tranquilo, cantando. Bien pronto las sombras del bosque le ocultaron a nuestras miradas. Había desaparecido indiferente y circunspecto, gracioso y perverso, apuesto e insolente, vil e indómito.

Con ademán airado arrojé la espada lejos de mí e hice a Fritz señal de que le siguiera.

Pero Fritz detuvo su caballo, se apeó, corrió hacia mí, se arrodilló y me sostuvo.

Ya era tiempo, porque la herida del brazo se había abierto de nuevo y sangraba mucho, enrojeciendo la fresca hierba.

—Deme su caballo — dije incorporándome.

Una ira furiosa me prestaba fuerzas. Di algunos pasos y luego caí vencido, de cara al suelo.

Mi amigo acudió.

—Fritz... — murmuré.

—¡Amigo, amigo mío!

—¿Y el Rey? — inquirí—. ¿Vive?

Tomó su pañuelo, me limpió los labios, se inclinó y me besó la frente.

—Sí, gracias a la adhesión del mejor y más leal hidalgo que existe en el mundo — respondió —; el Rey vive.

La aldeanita estaba junto a nosotros llorando de miedo

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

5 DE FEBRERO DE 1931

Delegado en Madrid: Luís Gómez Mesa
María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMERICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barará, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Primo de Rivera, 20, Irún
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

UN corresponsal espontáneo me sugiere la idea de una campaña en pro del cinema ambulante como medio de instrucción para los campesinos españoles.

La idea de mi comunicante es generosa, pero de muy difícil realización en España. Se oponen a ella tenazmente los que más obligados debieran estar a prestarle apoyo haciéndola viable. A las clases dirigentes de nuestro país no les interesa dotar de instrumentos pedagógicos eficaces — y el cine lo es en grado sumo — al pueblo. Prefieren dejarlo en su ignorancia, porque a mayor incultura, mayor esclavitud. Este es un hecho que está a la vista de todos y sería inútil pretender escamotearlo.

La escuela española cultiva el analfabetismo. Se enseña en ella a leer al niño, pero no se le educa la voluntad, no se fomenta en él la virtud cívica, no se le dota de conciencia ciudadana. Se le instruye destruyéndole, toda vez que se les cierran los caminos de la verdad.

Los libros de texto que sirven de pasto intelectual a la infancia y a la mocedad españolas, están llenos de mentiras tradicionales, de falsa ciencia. Así llegan a hombres con un concepto equivocado del patriotismo, sin conocer la verdadera historia de su patria, ignorantes de los problemas vitales de la nación. Creen luego la mayoría de estos niños y estos mozos de ayer, que fuera de España no hay nada que valga la pena, que nuestros errores y derrotas son más meritorios que las victorias ajenas. Se falsea todo de tal modo en la escuela española, que incluso se desconocen entre sí las regiones que forman el solar hispano. Y de este desconocimiento, mejor aún, de este mal conocimiento, nace el odio que se tienen unas a otras. Tan poco compenetradas están espiritualmente, que cada una cree que si no progresa más aprisa es porque las demás le sirven de rémora.

El analfabetismo español es de dos clases: el de los que no saben leer y el de los que sabiendo leer — más terrible que el otro — no se enteran.

¿Y cómo quiere mi corresponsal espontáneo que los analfabetos que saben leer — y que no leen, y si leen no comprenden — se preocupen de los analfabetos iletrados?

Lo que pide mi ingenuo comunican-

SUGERENCIAS

El cine como instrumento pedagógico

te es que en España se adopte el sistema pedagógico que ha impuesto en Rusia el Estado Soviético. Y esto es imposible, porque sería seguir el ejemplo de un país cuyo régimen se considera nefando.

Allí sí, el cine es un instrumento eficaz y rápido de enseñanza. Las cintas rusas son lecciones gráficas de Historia, de Política, de Geografía, de Ciencia, de cuanto de esencial abarca el conocimiento humano. Son también un medio formidable de propaganda. Es decir, que Rusia ha dignificado y elevado la misión del cinema, convirtiéndolo de simple espectáculo en moderno sistema pedagógico.

Pero no sueñe mi desconocido amigo burgalés en la posibilidad de implantarlo, por ahora, en España. Lejos de esto, se prohíbe en nuestros salones la proyección de los films rusos. Son lecciones demasiado vivas para una sociedad de estructura burguesa. Muestran harto escrupulosamente ciertos sucesos de la historia contemporánea rusa. Y esto, en una nación donde arrancando desde la escuela se adultera la propia historia, resulta peligroso e intolerable.

La vigilancia que se ejerce con las cintas soviéticas estaría bien empleada en películas de asunto erótico y en aquellas otras que contienen un curso completo de criminalidad. Y no es lo peor que los censores no paren mien-

tes en el corrosivo moral que guardan estos films, sino que los padres, en un alarde de asombrosa despreocupación, lleven a verlos a sus hijos para que se empapen de las diversas maneras de delinquir y aprendan ellas — las hembras — la conjugación completa del verbo carnal.

Hay una línea ideal que separa el realismo artístico del pornográfico. Esta línea es la que tendrían que distinguir los censores al decidirse a vigilar las cintas pasionales. Aunque temo que esa línea artística fuese imperceptible para ellos.

¿Adónde nos ha llevado su idea de ilustrar al obrero del campo español por medio del cine, amigo burgalés!

Era necesario, sin embargo, tan largo rodeo para que comprenda más exactamente lo ineficaz que resultaría en estos momentos la campaña que me propone.

Su proyecto es que el cinema enseñara «prácticamente» a nuestros campesinos el modo de labrar la tierra. Muy bien. Porque se da el triste caso de que siendo España un país esencialmente agrícola, la tierra se trabaja mal y su fruto está a merced de cualquier trastorno atmosférico. Las cosechas que prometen ser más abundantes, puede malograrlas la sequía, el granizo o la helada.

Pero usted se olvida de que el campesino español es enemigo mortal de los modernos sistemas de cultivo por instinto de conservación y, ¡claro!, que por ignorancia. La tierra no es suya, aunque es el único que la trabaja y suda sobre ella de sol a sol. No siendo suya, teme que la maquinaria haga innecesarios sus brazos.

¿Qué labor educativa puede realizar ese cine ambulante, mientras no le enseñe al campesino que quien cultiva la tierra tiene derecho a su posesión? Bastaría con que le entregasen, no las tierras de labranza, sino los campos sin cultivo, el yermo que no conoce el azadón ni el arado, para que el campesino se interesara por aprender el manejo de las máquinas que hoy le horrorizan, de las máquinas que haría menos duro y más productivo su esfuerzo.

Todo lo que no sea orientar en ese sentido la misión pedagógica del cine, hay que desecharlo por inútil.

MATEO SANTOS

NUESTRA PORTADA

Marjorie White, uno de los valores artísticos más positivos de la Fox y una de las mujeres más hermosas de Hollywood, figura en la portada del presente número.

En la contraportada publicamos un reciente retrato de Joe E. Brown, actor prestigioso de la Unitet Artists.



REFLEJOS



Ronald Colman en "Raffles"

«**R**AFFLES» primera película sonora que ha hecho Ronald Colman después de «Condenados» que se presentará la temporada próxima, es una producción de Samuel Goldwyn, en la cual el astro inglés realiza una de sus grandes creaciones.

Colman se muestra en «Raffles» como un refinado gentleman inglés, favorito de la buena sociedad, y un popular atleta. La aventura del crimen ejerció siempre gran atracción sobre este personaje. Acaba de cometer su última fechoría cuando empieza la acción del film, versión moderna del famoso melodrama. Pero Raffles se lanza a él a su última y mayor aventura, con el fin de salvar el honor de su amigo más íntimo y conquistar el corazón de la mujer que adora.

Sidney Howard ha adaptado a la pantalla las novelas cortas de E. W. Hornung y la obra teatral de Hornung y Eugene W. Presbrey. En una u otra forma ha sido exhibida en todo el mundo y representada en todas las lenguas durante los últimos 25 años. Tan complicada es la propiedad de «Raffles» que Samuel Goldwyn, según anuncia, compró los primeros derechos de la misma antes de empezar «El capitán Drummond». Pasaron dos años hasta que los últimos derechos pudieron ser adquiridos, y más de 60 documentos relacionados con el asunto, han pasado a engrosar el archivo de Goldwyn.

Ronald Colman merece ser visto en este gran rol que hicieron famoso en la escena americana Kyrle Bellew, en la inglesa Sir Gerald DuMaurier, y en los films silentes John Barrymore y House Peters. Goldwyn afirma

que a pesar de que el personaje ha quedado ya rígidamente establecido por una tradición, Colman hace de él una verdadera creación que difiere no solamente de las demás caracterizaciones hasta ahora efectuadas, sino de todo cuanto el gran actor había realizado anteriormente.

Kay Francis, que tuvo una tan excelente actuación como oponente del amigo de Ronald Colman, William Powell, en «Street of Chance», encarna la figura de Owen en «Raffles». Colman y ella interpretan unas románticas escenas que constituyen una parte esencial de la película. Miss Francis es la primera morena, después de Agnes Ayres, que ha actuado como oponente de aquél. Ha venido a suceder a una larga serie de muchachas rubias que comprende a Ann Harding, Joan Bennett, Lily Damita, Vilma Banky, Constance Talmadge y Lillian Gish.

¡De frente... marchen!

«**D**e frente, marchen», film en el cual Buster Keaton en jocosas aventuras como guerrero hace bambolearse de risa al público, que se está dando actualmente en el cine Fémica.

No sólo esta nueva película de la Metro-Goldwyn-Mayer es una historia excelente para Buster Keaton, el de la «cara de palo», sino que está basada en una nueva idea: la de mezclar emociones intensas con episodios divertidos, realizados por una deliciosa novela de amor.

Edward Sedgwick dirigió esta producción, introduciendo la idea original de verdaderas escenas de combate con todas sus emociones, a fuer de contraste con las situaciones cómicas. Las batallas son de un realismo tan vigo-

roso como las de «El Gran Desfile». Más de mil hombres toman parte en estas escenas. Y Keaton hace reír en medio de las más fuertes emociones.

Conchita Montenegro está graciosísima en el papel de heroína de esta película. Y Romualdo Tirado, que hace de andaluz, alegra a más no poder con sus divertidas canciones.

Eleanor Boardman, en «La Inundación»

ELEANOR BOARDMAN, joven y popular estrella de la pantalla acaba de ser designada y contratada por la Columbia para el «role» principal en el gran drama «La Inundación», que prepara en estos momentos la Compañía de Columbia.

Este drama intenso y espectacular, gira alrededor de una de las frecuentes y devastadoras inundaciones del Mississippi, que tantas tragedias ha escrito en toda aquella comarca por donde sus aguas desbordantes provocan la muerte.

Miss Boardman es una actriz conocida por todos los públicos por su excelente labor en la pantalla. Su mayor fama comenzó en el año de 1922 cuando ganó el concurso conocido bajo el título de Caras Nuevas, llevado a cabo para el beneficio del cinematógrafo.

Sus recientes éxitos en el lienzo de plata son muchos. Citaremos solamente el nombre de algunas de las películas en las cuales la bella Eleanor tuvo «roles» principales: «The Crowd»; «She goes to War»; «Tell It to the Marines»; «Bardelys the Magnificent»; «The Auction Block»; «Memory Lane»; «Redemption» y «The Great Meadow», ésta última sin exhibirse aún.

El papel masculino principal en esta obra está a cargo del actor Monte Blue, también famoso desde hace tiempo. Y el film será dirigido por James Tinling.

CAPITOL CINEMA

Una gran película española hecha por españoles

PRIM

La vida del héroe de los Castillejos reflejada en la pantalla, con efectos sonoros, ha constituido un éxito definitivo en este salón.

EXCLUSIVA
Balart y Simó

Aragón, 249 - Barcelona

Debe Vd. verla hoy mismo

Relato esquemático de "Horizontes nuevos"

por RAOUL WALSH

(Conclusión)

mo tiempo de aquellas gentes que tan bien respondían a mi imaginación.

Otra de las grandes y difíciles escenas de nuestra producción fué el descenso de la caravana a un precipicio de 150 pies de profundidad. Era la reproducción exacta de lo ocurrido a los primitivos exploradores cuando a causa de los desprendimientos de tierra ocasionados por una tormenta se encontraron ante un precipicio, con la alternativa de volver atrás o arrostrar los peligros que les ofrecía bajar a aquella profundidad. Y valerosamente optaron por esto último.

Nosotros hicimos lo mismo, imitando en detalle sus ingeniosos procedimientos para bajar los carros y objetos de peso por medio de cuerdas, que como grúas primitivas transportaban todo el material desde las alturas hasta la profundidad del barranco. Perdimos algunos carros y otros objetos, pero tampoco aquí tuvimos

que lamentar graves accidentes personales. La escena se desarrolló en las cumbres del Paso Tetón, a 10.000 metros sobre el nivel del mar, sufriendo el frío de la nieve, que nos helaba los dedos y las narices.

La escena del rebaño de búfalos pudimos realizarla gracias a la ayuda de los oficiales del Yellowstone Park, que nos dieron toda clase de facilidades, imponiéndonos una sola condición: que no hiciésemos daño a ningún animal. No sé cómo pudimos cumplirla, pues fué una avalancha verdadera que vino a nosotros, un mar de animales oscuros, con sus cuernos al aire, semejando la espuma de las olas de aquel mar amenazador y sombrío. Sólo a la presencia de ánimo y serenidad de mis gentes se debe el que la escena se llevase a cabo sin sufrir daño ninguno, ni animales ni hombres.

Estuvimos en Jackson Hole cerca de ocho sema-

nas y llevábamos ya cuatro meses trabajando en el film. Estábamos cansados; las moscas y los mosquitos se cebaban en nosotros, y yo veía que los nervios de la mayoría estaban ya agotados por el esfuerzo; pero teníamos que dar fin a nuestra obra y trasladarnos a la localidad en donde se había alzado una exacta imitación de Fort Hall.

Después de esta escena di orden de empacar. Anduvimos diez y seis millas con todo el aparejo de carros, rebaños, autobuses, camiones, autos particulares, material eléctrico, cámaras, receptores, etcétera, etc.

Ya tarde, entrada la noche, vimos por primera vez, después de sesenta días, un ferrocarril. Dos trenes especiales nos aguardaban ofreciéndonos el confort que casi habíamos ya olvidado.

El viaje del Oregón palpita con la romántica emoción de su glorioso pasado, y nosotros, que hemos tratado de perpetuar su

recuerdo en la pantalla, no hemos encontrado la base suficiente para construir una novela. La que relatamos en «Horizontes nuevos» es una sencilla historia de amor que se desarrolla durante el viaje, uno de esos romances que se multiplican hasta lo infinito en todas las páginas de la historia.

No queríamos, después de todo, realizar una novela original, no íbamos a relatar la historia de amor y aventuras de dos o tres individuos; queríamos alzar un monumento a los exploradores, así en conjunto, sin detallar ni especificar personalidades. No queríamos distraer la atención del público con nada que pudiese apartarle de nuestra finalidad, de la grandeza de nuestro tema — reencarnar el viaje de aquellos que fueron, con fe inquebrantable, a la conquista de horizontes nuevos, siempre caminando hacia el Oeste.

Ahora quedaba ya solamente la escena final, la

escena de amor entre los protagonistas. Deseaba que fuese un fiel reflejo del feliz término de casi todos los viajes realizados desde que el mundo existe.

Escogí, para ella, el bosque de los grandes árboles, de la selva nacional de Sequoia y General Grant National Park, porque me pareció que allí la Naturaleza había levantado la catedral de los siglos.

Los árboles, bajo los que los héroes de nuestro drama hollaron la cumbre de su felicidad, eran ya viejos cuando Marco Antonio se rendía al amor de Cleopatra. El más joven tenía ya cuatrocientos años cuando Colón descubrió América. Y, como los árboles, el beso que cierra nuestra historia es también tan viejo — y tan joven — como la Humanidad.

Cuando, por fin, regresamos a California, terminadas las escenas que se desarrollan en las dunas de Oxnard, hacía más de cuatro meses que trabajábamos en el film del que quisimos hacer un tributo supremo de admiración al heroísmo de los primitivos exploradores.

Para Buchanan y para mí el trabajo aún no había terminado. La cinta estaba ahora en el departamento de corte, en el que Jack Dennis y su ayudante trabajaban día y noche.

Para dar una ligera idea de lo que representa este trabajo, diré que para filmar «Horizontes nuevos» empleamos 1.300.000 pies de cinta para ambas cámaras — Grandeur y Standard —, alrededor de 500 mil pies para la primera y 700.000 para la segunda.

De todo este enorme metraje seleccionamos solamente 30.000 pies para exhibir al público.

En el departamento de corte el film rueda automáticamente sobre una luz. Los especialistas pueden de este modo cortar y combinar las escenas mejor que si viesan el film proyectado.



Hecha la primera selección se proyecta la película y, en seguida pasa de nuevo al departamento de corte, en donde se reduce a la mitad, a la tercera parte, según las exigencias del caso. Luego se compone de nuevo, de nuevo se proyecta, de nuevo

se recorta, y así sucesivamente hasta que, después de muchas semanas de trabajo concienzudo y laborioso, el monumental espectáculo queda por completo terminado.

Antes de la prueba definitiva de mis películas estoy nervioso como un

muchacho antes de su primer ensayo ante la pantalla. Procuro dominarme, pero rara vez lo consigo.

Cuando Buchanan y yo nos dirigíamos a Oakland, en donde iba a exhibirse la película en sesión de prueba ante un público crítico y exigente, nos embromá-

bamos para disimular nuestra nerviosidad.

—Estás pálido como un muerto — me decía Buchanan.

—Y a ti te tiemblan las rodillas — le replicaba yo.

Y, en el fondo, los dos estábamos en lo cierto.

Cuando en el teatro se

apagaron las luces y oímos el susurro del público leyendo el título, tenía más pánico que una debutante al presentarse ante el jurado examinador.

Cuando el público manifestó su aprobación y su entusiasmo, sentí un desfallecimiento de emoción.

Unas palabras sobre "Abraham Lincoln", de Griffith

Cuando el veterano director David W. Griffith y el escritor Stephen Vincent Benet planeaban su obra común, el film «Abraham Lincoln» estrenado con éxito en el Central Theatre de Nueva York cuyo protagonista es Walter Hutson, quisieron describir los episodios de la infancia de John Wilkes Booth con más detalle del que les ha sido dado en la pantalla, pero la necesidad de acortar el metraje para evitar la excesiva extensión de la cinta les obligaba a omitir varios intrigantes personajes que se hubieran reunido a los de Grant, Lee, Sherman, Douglas y otros, de haberse entretenido en dicha descripción, les impidió hacerlo.

Dos de estos personajes secundarios, el padre del asesino de Lincoln y el soldado que hirió mortalmente a John Wilkes Booth mientras este errante soldado representaba su último acto en el almacén donde Garret guardaba su cosecha de tabaco en Virginia (Estados Unidos), han sido dibujados por la pluma de Lloyd Lewis en su obra «Myths After Lincoln». Griffith lamentó mucho omitir en su producción personajes tan curiosos como Junius Brutus Booth y Thomas Corbett, pero se vio obligado a ello por falta de espacio.

El padre de John Wilkes Booth enseñó a éste, de niño, a no quitar la vida a ser viviente alguno, ni siquiera a una dañina serpiente y, asegura Lewis en su obra, Lincoln, el glorioso presidente yanqui, no habría perecido a manos del hijo de haber vivido entonces el padre. El hijo no tenía la personalidad, ni era tan buen actor como su padre. El viejo Junius, padre de John, Edwin y otros ocho hijos, tenía gran afición a extinguir incendios, manejando las bombas de mano mientras algún auditorio estaba aguardándole para que representase ante él cualquier obra de Shakespeare. Una vez se embarcó para un puerto del Sud en un buque que efectuaba el servicio costero por el Atlántico y se echó desde él al mar, exclamando: «He recibido un mensaje de Conway». Después se supo que su amigo, William Conway, se había suicidado en aquel momento. Junius Brutus fué sacado del agua. Otra vez, «Peacock» su jaco predilecto, se estaba muriendo tendido sobre unos cojines de plumas que había él sacado de su casa, y se empeñó en que su esposa besara la cabeza del caballo ya muerto, envolviendo el cuerpo del animal en un lienzo blanco. La señora Booth tuvo que sentarse ante el mismo «y el viejo se paseaba, entretanto, arriba y abajo con un mosquete sobre el hombro, pronunciando un fúnebre discurso ante sus aburridos criados». Cuando los vecinos hubieron desarmado al padre del asesino de Lincoln, continuaba diciendo Lewis, Junius les invitó a todos a un refresco. Otra vez aún, pro-

nunció una oración fúnebre también ante unos pichones muertos que habían llevado a la habitación de un hotel. Se enfadó con su auditorio un día que representaba el drama «Richelieu» y se echó a bailar alegremente un vals con el personaje que encarnaba al célebre cardenal. Un día también, encarnando a Ricardo III, al llegar la escena del duelo con Richmond, el infeliz actor que personificaba a este último personaje se vio acorralado por el ardor de Junius hasta los bastidores del teatro, desde éstos hasta la entrada del escenario, de aquí a la calle, de ésta a la avenida principal de la población, hasta llegar al pórtico del hotel.

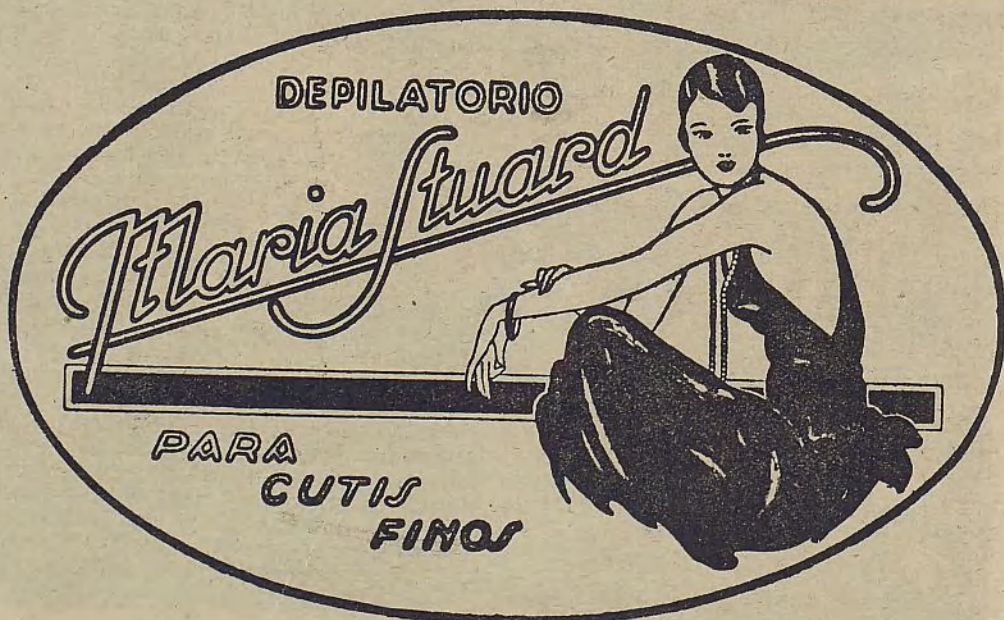
Griffith sintió mucho tener que eliminar al viejo en su producción. Este personaje llevado a la pantalla por un actor como John Barrymore hubiera constituido un gran aliado, en opinión de Lloyd Lewis, crítico literario y dramático de «The Chicago Daily News», y autor, como hemos dicho, de la obra «Myths After Lincoln».

Thomas P. Corbett al convertirse a la religión protestante, buscó un nombre nuevo porque, decía, Cristo dió nuevos nombres a sus apóstoles. El fanático se llamó a sí mismo Boston, nombre de la ciudad donde abrazó dicha religión, pues era oriundo de Inglaterra. Era sombrerero, y aspiraba a extirpar el vicio de la bebida de sus compañeros de trabajo. Fué expulsado de Richmond por haber intentado redimir al Sur del pecado de la esclavitud. En abril de 1861 predicaba en público, anunciando a su congregación que iba a alistarse en el ejército de Lincoln, para decirles a los rebeldes: «Que Dios tenga piedad de vuestras almas» y libertar después éstas de su envoltura mortal. Boston Corbett, como le llamaban, dijo un día al coronel Butterfield, que mandaba su regimiento, que no debía quebrantar la ley divina echando ternos ante sus tropas. Le encerraron en el calabozo y, una vez en él, entonaba himnos religiosos con gran fervor. Le anunciaron que le dejarían en libertad si se excusaba ante su coronel, y replicó que no quería, pues él sólo había ofendido al coronel, mientras que éste

había ofendido a Dios. Cuando finalmente salió del calabozo, declaró «que no lo había pasado mal, gracias a la Biblia que tenía consigo y a la elevación de sus pensamientos». Formando parte del 16º regimiento de caballería de Nueva York, cuando se hallaba en Culpeper Court House en Virginia, Corbett mantuvo a raya a 26 confederados, mereciendo elogios por esta proeza del famoso coronel Mosby, jefe de los confederados. Cuando se le terminaron las municiones golpeó a sus adversarios con la culata de su fusil, haciéndolos pasar a mejor vida, y fué Mosby quien salvó la vida de tan esforzado guerrero. Después estuvo encarcelado, como prisionero de guerra, en Andersonville, y más tarde estuvo enfermo, pero el 5 de abril de 1865 Corbett se reincorporaba a su regimiento en Viena (Virginia), cuando llegó a él la noticia de que el hijo de Junius Brutus Booth había cometido un asesinato. Un domingo por la noche, el 23 de abril de dicho año, Corbett declaró en la Mc. Kendry Chapel a los que le escuchaban que Booth comparecería pronto ante Dios. Dos días después estallaba un incendio, Booth el asesino era descubierto y estalló un disparo, un disparo hecho contraviniendo las órdenes del teniente Doherty que fué para Booth el principio del fin.

El coronel Conger, que mandaba las tropas perseguidoras, exclamó ante Boston Corbett: «¿Por qué se atrevió usted a disparar desobedeciendo las órdenes que le fueron dadas?». «Dios todopoderoso guío mi brazo», contestó el arrebatado sombrerero. «Tentado estoy de creerlo», repuso Conger, «pues de lo contrario no habrías alcanzado a Booth a través de aquella hendedura del granero».

Griffith, con la obra de Lewis en la mano, deploraba no haber podido presentar el personaje de Boston Corbett en su film, pero los episodios de que Lincoln es protagonista requerían cierta extensión y de complicar la trama con otros personajes se hubiera alargado aquél demasiado. John Wilkes Booth por última vez en la película cuando parte al galope del Ford's Theatre de Washington. El artista que lo personifica es Ian Keith.



En "Popular Film" colaboran: Mateo Santos, Juan Piqueras, Luis Gómez Mesa, Aurelio Pego, José López Rubio, Eduardo Ugarte, José Esteve, "Les", Armand Guerra, Jesús Alsina y Juan de España.

Correo femenino

La edad media de la mujer

Este artículo no es ni para las muy jóvenes ni para las viejas, sino para las mujeres que se hallan más o menos a la mitad de la jornada. Porque a menudo es en esta época que empiezan a sentirse desalentadas y vagamente descontentas. Creo que esto nos ocurre a las mujeres, porque empezamos por esperar demasiado. Creímos en la vida color de rosa y supusimos que las ciruelas nos iban a caer maduras en la boca.

Para algunas pocas afortunadas, esto sucede, o mejor dicho, «parece» que sucede. Porque hasta el final del viaje no podemos decir con seguridad si hemos tenido suerte o no. Frecuentemente las ciruelas resultan ácidas, aunque empezamos por envidiar a aquellas que las han recibido. Por otra parte, hay seres que tienen que esperar algún tiempo más los frutos de la vida, y el resultado es que son más maduros y, por consiguiente, más dulces.

Lo que nos ocurre es que somos demasiado impacientes. Si nuestras ambiciones no se realizan, si las cosas que deseamos no se han materializado o el hombre ideal no aparece en nuestro horizonte, cuando hemos llegado a los treinta y dos años empezamos a pensar que la vida nos trata mal. Esta es una actitud tonta y se debe, principalmente, a que se consideran siempre con recelo los treinta años en la vida de una mujer.

Si el promedio natural de la vida humana es setenta u ochenta años, no hay razón alguna para que los treinta años lleven, como la puerta del infierno, la inscripción «Lasciati ogni speranza voi qui entrate».

Esto es demasiado absurdo; pero al mismo tiempo tenemos que conceder que esta edad puede resultar algo difícil. La extrema y dulce juventud de los veinte años se ha ido y, sin embargo, el alma se siente joven aún, con todos los deseos y la inquietud que supone la plenitud de fuerzas.

Y es precisamente al llegar a esta parte del camino, que necesitamos aferrar más fuerte los dones más preciados de la vida, la esperanza y el valor. Si los conservamos cuidadosamente asidos, los treinta años serán para nosotras el «Sésamo Abrete» para algún lugar maravilloso. Y podemos estar seguras de que si lo queremos «seremos más hermosas que antes».

Porque la belleza no depende de las facciones. Si empezamos a examinar un rostro bello, a menudo nos encontramos desorientadas, al buscar la razón de su encanto. Balzac nos dice que «los hábitos de vida forman el alma del semblante».

Esto debe ser cierto: yo creo que lo es y, por consiguiente, podemos poseer una belleza más profunda a los treinta años que a los veinte. Se dice que cuanto más viejo es un violín, más dulces son sus sonidos. Se atribuye esto al sazónamiento de la madera; pero yo he pensado a menudo que las melodías que tantas manos han tocado en él, contribuyen poderosamente a su dulzura.

Lo mismo ocurre con nosotras.

Sólo los años traen tolerancia y simpatía y esta influencia suavizadora tiene que llevarse como un encanto más. A los treinta años tenemos que estar mejor equipadas que a los veinte.

Nuestras ciruelas pueden estar todavía en el árbol y lo único importante es estar prontas para recogerlas cuando caigan.

No os rebeléis contra los años; esto la vuelve a una descontenta y le da un aspecto fatigado. El decir que somos tan viejos como nos sentimos, es una gran verdad. La edad es sólo un punto de vista, y mientras uno se siente joven, lo es en realidad. La vida es un cambio largo, lleno de sorpresas; nunca sabe una qué sorpresa la espera a la vuelta del recodo.

Seguid la línea recta y, si el camino es algo áspero, no os sintáis desalentadas: podéis perder lo que os espera más adelante. Por lo mismo, aprovechad los minutos de felicidad, que pueden no volver.

«No perdáis las flores que están a vuestros pies por mirar a la distancia.»

Los polvos para la cara

Los polvos no deben elegirse en tonos generales, sino que se debe hacer una mezcla bien combinada, según la coloración de la piel. Existen especialistas en este ramo que estudian la piel y el tono general, y de acuerdo con todo el conjunto preparan unos polvos que acentuarán los tonos especiales de su coloración. Para un color un poco aceitinado y ojos grises, por ejemplo, se hará una mezcla de polvos en tonos malva, orquídea, durazno y perla.

Se deberá usar un «rouge» rojo clavel, pues aclarará el color tanto para la cara como para los labios, y evitará los tonos frambuesa y los amarillos, que dan un reflejo verdoso al color moreno.

Las rubias de ojos azules pueden usar una mayor variedad de polvos y «rouge». Lo mismo pueden elegir tintes delicados color carne, o tonos frambuesa en «rouges» de colores vivos. Todo el mundo no puede ir al especialista, pero no es mucho el trabajo de combinar los polvos hasta dar con el tono justo, partiendo de la base de que para no parecerse se deben subrayar las mismas tonalidades de cada persona.



ESMALTE ROSINA



En cinco tonos:
Blanco, Rosa, Rojo, Granate y Coral. Pts. 2'00
Nácar (Novedad) » 4'00
Se vende en las mejores Perfumerías
UNITAS, S. A.
Librería, 23 - BARCELONA

CUPÓN NUM. 10

El prisionero de Zenda

Nombre del lector

Domicilio

Dirección

Estos cupones se canjearán por otro definitivo a la terminación de la novela *El prisionero de Zenda*, de la Editorial Iberia, que dará derecho a unas artísticas tapas.

Estafeta

Cinéfilo. — Burgos. — Su idea es buena y demuestra un gran amor por la cultura. Le complaceré tomándola como tema para un artículo. Puede usted dirigirse a esta revista siempre que guste y no se desaliente que ya llegará el momento de que pueda orientarse en lo que desea.

Ignacio Lobo Cabo. — Valladolid. — Envíe a la Administración de la revista 80 céntimos en sellos de Correo y le servirán los dos números que le interesan. La música de esa opereta pídale a cualquier editorial musical y se la servirán.

Marcelino Campos. — Ciudad. — ¿Con que espera un contrato de la Cíneas? ¡Vaya, vaya...!

Dora González. — Córdoba. — Envíe su retrato y detalles de su gentil personilla y veremos si se puede hacer algo por usted.

Isabelita G. — Alcoy. — Publicaremos su foto, pues por su cara vale la pena de figurar en nuestra Galería de Mujeres Españolas. Perdónese el retraso con que llega la respuesta.

Amparito. — Almería. — Mande su retrato. Estos cupones de «El Prisionero de Zenda» hay que canjearlos por otro que publicaremos cuando se termine la novela.

G. S. — Valencia. — Es muy difícil lograr ingresar en una compañía de cine; pero si usted vale realmente... Es cuanto podemos decirle, señorita.

Andrés Vega. — ¿Que si pagamos los trabajos que no solicitamos? ¡No, señor!

Vicente Guerra y Francisco Lucas. — Cartagena. — El anuncio que les interesa vale a 1'50 pesetas línea; redáctenlo y les dirá la Administración el precio exacto.

Paco Aguilar. — San Sebastián. — Para ser «extra» de cine hay que trasladarse a Hollywood. Y una vez allí... buscar trabajo por los estudios.

Jesús Simón. — Zaragoza. — Su proposición, aunque la agradecemos, tiene poco interés para nosotros.

Juan José Díez. — Madrid. — Su artículo es impublicable. A otra cosa.

Enrique Martínez. — San Andrés de Palomar. — Su argumento no tiene pies ni cabeza; esto último, por lo menos. ¡Ah!, y perdónese que le haya quitado una erre a su nombre.

A. M. García. — Cádiz. — Su retrato ya dice — ¡como que está usted hablando! — que no será nunca actor de cine. ¡Qué se le va a hacer!

P. P. — Santander. — Los números atrasados valen cuarenta céntimos cada ejemplar.

Vicente Grau. — Valencia. — Para suscribirse a nuestra revista diríjase a la Librería Francesa, Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona.

Maria Luz González. — La Coruña. — Puede escribirle en español a Cinemagundi Club, 2560 Beachwood Drive. — Granite 6053, Hollywood (California). Deseamos le acompañe la suerte en su petición.

Manuel Martínez. — Murcia. — Nos hemos desmayado al verle a usted con una pistola en la mano. Apunte para otro lado, amigo.



José Bohr y Lolita Vendrell

protagonistas de

Así es la vida

(hablada en español)

Deliciosa comedia de la vida real,
emotiva, amena, sentimental,
como inspirada en la realidad.

Selecciones Gaumont Diamante Azul
(FUERA DE PROGRAMA)

MUSEO DE BELLEZAS



Dos jóvenes - y espléndidas - bellezas
de las comedias Hal Roach.

Aventuras desconocidas de las Estrellas del Cinema



¡A la playa! — ordenó Clarita a su chófer.

Clara Bow fué una noche sirena del Pacífico

por JUAN DE ESPAÑA

Por la ventana abierta, un viento suave saturaba la estancia de los aromas del jardín, lleno de luz de luna. Clara Bow, tendida perezosamente, sobre una «chaisse-longue» leía a la luz amortiguada por la rameada pantalla de una lámpara de pie, una novela de Wells. Pero el libro del gran escritor inglés, maestro en el arte de narrar aventuras en las que lo fantástico se enlaza con lo científico, no lograba distraer a la bella pelirroja y menos aún calmar su extraño nerviosismo.

¿Qué inquietaba aquella noche, azul y serena, a Clara Bow? Lo ignoro. Pero es lo cierto que su cuerpo de diosa se estremecía, como acuciado por los duendecillos del deseo, bajo el sutil kimono, que al ceñirlo, lo besaba con el beso voraz de su raso.

Acaso la divina actriz pensó con horror en su lecho de soltera, en el lecho en que tantas noches ardía su carne inútilmente. ¿Era esto lo que la desazonaba?

Clara Bow cerró con fastidio el libro de Wells, se puso en pie, miró un instante a través de la ventana la noche estrellada y pareció tomar una decisión.

Con ayuda de su camarera se puso un vestido sencillo y ligero y mandó preparar uno de sus coches.

—¡A la playa!—ordenó Clarita a su chófer, que mantenía abierta la portezuela.

Sí, era lo mejor. La playa de Santa Mónica, a medianoche, estaría desierta. Frente al mar, aspirando la brisa que de él llegaba, se calmarían sus nervios, disminuiría el ardor de su carne virgen que sobresaltaban los duendecillos de la voluptuosidad.

Como había imaginado, la playa estaba desierta. Solos con ella, la noche y el mar. Solos, porque apenas descendió del auto mandó al chófer que se retirara. Paseó largo rato siguiendo la línea del mar. Este la atraía con sus voces, enardeciéndola más aún. Eran

voces persuasivas, voces de amante que tiende los brazos hacia la deseada.

Clara intentó huir. El Pacífico la deseaba igual que un hombre. ¿Tanto encanto tenía su cuerpo que hasta el mar codiciaba poseerlo? ¿Para qué huía ella entonces de las miradas penetrantes y lascivas de los hombres y hasta de sus propios pensamientos? Pero no podía huir. El mar no cesaba de llamarla, de atraerla. Le prometían sus voces caricias tan insospechadas, que sus esfuerzos, por rebelarse, resultaban inútiles.

La linda pelirroja, cedió por fin. Miró en torno suyo. Nadie. Empezó a despojarse de sus ropas con la emoción de una novia en la noche nupcial. Hasta quedar completamente desnuda. La luna, con su cara redonda y bobalicona; la luna blanca y casta, intentó cubrirla con el manto de sus rayos de plata. Pero no fué posible. Allí estaba Clara Bow, en su desnudez magnífica, con los senos breves, rotundos y temblorosos; libres, al aire, las curvas redondas y macizas de su cuerpo.

Entonces ocurrió algo insólito. Allá lejos, en la playa, surgió la figura de un hombre, como brotado de improviso de la arena. La noche había traicionado a la actriz, que al verse sorprendida, corrió hacia el mar, que seguía enviándole sus voces, rizadas de espuma, hasta desaparecer en su seno.

Para el hombre, Clara, debió ser una aparición sorprendente. Mas que verla, a tan larga distancia, la entrevió como en sueños. Y que soñaba creería el desconocido, el cazador nocturno de beldades desnudas. Porque se detuvo y se restregó los ojos, de los que nunca más desaparecería aquella visión fugaz y encantadora.

Luego, el hombre, echó a correr playa adelante, mirando hacia el mar obstinadamente. No fué en balde su requisa. El cuerpo desnudo y bañado de luna; apareció un segundo



de clase, pues, el suicida, que en otra época había pertenecido a la dorada aristocracia que rodeaba a los zares, ahora se veía obligado a ganarse el pan como «extra» en los estudios cinematográficos de Hollywood.

Clara Bow, sabía que esto no era cierto, pero no quiso desmentirlo. Al fin y al cabo, ¿qué culpa tenía ella de que en el Pacífico hubiese aún sirenas y en el mundo hombres ilusos e ignorantes que se empeñan en darles caza sin saber nadar?

Hollywood, 1931.

Este número ha sido visado por la censura

Lea y colecciona el suplemento de la novela

El prisionero de Zenda

que publica "Popular Film" en forma encuadernable.

sobre las olas. Un segundo nada más. En seguida, quedó cubierto de nuevo por las movedizas aguas azules del Pacífico. ¡Cómo debió odiar aquel hombre al mar! Sin embargo, de cuando en cuando, durante la noche, sobre las crestas de las olas, se balanceó la imagen blanca y lunada de la mujer. ¿Mujer? ¿Y por qué había de ser una mujer precisamente? Al desconocido, cazador de beldades, se le antojó más bien una sirena marina.

Unas veces, la bella aparición, surgía allá lejos; otras junto a la playa. El hombre oía su risa, una risa que lo alucinaba, risa de sirena que jugaba cruelmente con sus sentidos.

La sirena—ya no le cabía duda al hombre de que era una sirena—se burlaba del solitario de la playa. Se burlaba, cuando él corría alocado de un lado para otro, apareciendo muchos metros delante y otras veces muchos metros detrás de donde el hombre se encontraba. Y siempre llamándole la atención con su risa de sirena que alucinaba sus sentidos.

Y así mucho tiempo, no se sabe cuanto. Ello es, que el hombre, acabó por volverse loco persiguiendo a la ondina. Y empezó a dar grandes voces llamándola. Hasta que atraído por ella, sin duda, se arrojó al mar sin quitarse las ropas. Y se ahogó. Se ahogó, porque el pobre iluso que perseguía de noche en la playa de Santa Mónica beldades desnudas, no sabía nadar. Ni siquiera dió tiempo a que la sirena del Pacífico lo salvara. Ya no reía la sirena, la sirena lloraba. Al amanecer la encontraron su chofer y su doncella en la playa, desnuda aún, pero cubierto el cuerpo de arena. Como si después de aquella historia de la sirena y del cazador nocturno, deseara que la enterrasen viva.

Los nervios de Clara Bow seguían excitados. No obstante, los duendecillos de la voluptuosidad, ya no acuciaban su carne.

Una hora después, en la intimidad de su hogar, la pelirroja pensaba en que quizá había llevado demasiado lejos su broma.

Se acostó con fiebre y no pudo dormir. Hacia mediodía, su doncella le entró la prensa. Los periódicos daban la noticia de que un individuo, de nacionalidad rusa, se había suicidado arrojándose al mar, y que aunque se ignoraban las causas, se suponía que en su determinación debía haber influido el orgullo

Ya en la intimidad de su hogar la pelirroja pensaba en que quizás había llevado demasiado lejos su broma.



• Popular film •

VIDAS EXTRAORDINARIAS

Joan Crawford la Venus de Hollywood

(Continuación)

gurita hambrienta, escuálida y triste de Billie Cassin iba transformándose en una radiante Lucille. Algunas veces, cuando sentada entre un grupo de admiradores en alguno de los elegantes «cabarets» de Broadway pasaba alegremente las horas, repentinamente se pellizcaba fuertemente los brazos. Y cuando sus amigos riendo le preguntaban por qué lo hacía, era la chiquilla Billie Cassin, la que contestaba con vaga sonrisa: «Quería estar segura de que no estoy soñando».

Durante este tiempo Lucille hizo muchas y muy verdaderas amigas. Kay Hammond, que recientemente acaba de llegar a Hollywood, es una de ellas. Las dos muchachas almuercen juntas, por lo menos dos veces a la semana, siempre en el elegante y exclusivo Embassy Club, y nunca dejan de recordar sus días de coristas en Nueva York. Aquellos tiempos parecen tan lejanos a la gran estrella del cine, que hoy día es Joan Crawford, como parecían lejanos los sufrimientos de Billie Cassin a la corista Lucille LeSueur en su alegre vida de Broadway.

La amistad de Joan con el saladísimo Jack Oakie data desde los días de «Innocent eyes», cuando ambos jóvenes, llenos de esperanza y ambiciones, pasaban juntos las horas; los más alegres entre todos los de su grupo.

Después de varios meses Lucille empezó a echar de menos Kansas City. Había allí un muchacho que ella tenía muchas ganas de ver. Además quería hablar con su madre, charlar con ella, contarle las historias y sus éxitos en Broadway. Pero necesitaba dinero extra para hacer el viaje. Así, que tomó un nuevo empleo para cantar en el Club de Harry Richman por la noche después del teatro.

La energía de Lucille era inmensa, sin límites. Trabajo fuerte que parecía no cansarla; y, además, cuando no estaba trabajando estaba divirtiéndose. Un continuo no parar.

Ahorró lo suficiente para pasar su vacación en Kansas City. Con orgullo de niña quería volver allá con su éxito y darse posición delante de toda aquella gente que años atrás le causaron tantas amarguras y sufrimientos.

Dos días antes de su

marcha llegó a Nueva York, buscando nuevos tipos para la pantalla, el director de la Metro-Gold-

tuo amigo, Nils Granlund, ofreció un «test» para el cine. Deseosa de marcharse a Kansas City, Lucille

sin esperar más se marchó a Kansas City.

A los tres días de haber llegado a casa de su ma-

que, caso de aceptar, partiese inmediatamente para Culver City. Al telegrafiar su conformidad, le enviaron dinero para el viaje.

El día de Año Nuevo de 1925, Lucille LeSueur emprendió marcha para California con grandes esperanzas, pero sin ningún conocimiento cinematográfico. Una vez más se encontró extraña en una ciudad desconocida; mas esta vez estaba fortalecida por la experiencia y éxitos que había obtenido en Nueva York.

Joan esperaba ser tratada como «alguien» en el gran estudio de Culver City. Después de todo, ellos la habían ido a buscar y le habían ofrecido el empleo sin que ella hubiese hecho nada por obtenerlo. Pero le esperaba una gran desilusión: por lo visto no significaba ni más ni menos que las demás. Era una de tantas. Deseó nunca haber dejado el simpático y acogedor coro de Nueva York. Una o dos veces estuvo tentada de marcharse.

Actuó en partes pequeñas y sin importancia. Más tarde le dieron un papel relativamente importante en una película de Jackie Coogan, «Old Clothes». Entretanto ella observaba a las demás y aprendía el arte de maquillarse para la pantalla. Esperaba llena de ilusiones.

El estudio estaba escogiendo los actores para la película «Sally, Irene and Mary». Lucille había llegado precedida por una gran fama de bailarina. Le dieron el papel de «Mary». Tuvo éxito, y el resultado fué un contrato por un largo período.

A fuer de publicidad, un periódico ilustrado hizo un concurso para encontrar un nuevo nombre para Lucille LeSueur. El público la nombró Joan Crawford. Y de este modo, con su actuación en «Sally, Irene and Mary», y con el nacimiento de Joan Crawford, la carrera de Lucille LeSueur acabó para siempre, lo mismo que años atrás, en el tren, camino de Springfield, había acabado la vida de Billie Cassin.

La reputación de Joan como gran bailarina y muchacha de las más populares y divertidas de Broadway, habíale precedido en su viaje a California. Uno de sus nuevos amigos le aconsejó que para hacer una gran impresión en Hollywood debía vivir de acuerdo con su reputación en Broadway; es decir, siendo la más



wyn-Mayer, Harry Rapf. Vió trabajar a Lucille LeSueur y se encantó con ella. Por medio de su mu-

se negó al principio, pero en vista de la insistencia de Granlund se lo dejó hacer. Una vez terminado,

dre, recibía un telegrama de la Metro-Goldwyn-Mayer, ofreciéndola un contrato y dándole órdenes de

alegre y divertida entre todas las muchachas del bulevar de Hollywood.

Joan, siempre entusiasta y llena de ambiciones, siguió el consejo. Se ganó el renombre de la muchacha «Alegría». Se la veía en todos lados acompañada de innumerables enamorados. Era una de las muchachas más solicitadas en la colonia cinematográfica. Ganó un sin fin de copas en diferentes concursos de baile. Es más; no había concurso completo a no ser que Joan fuera una de las competidoras. Su «charleston» ganó la fama de ser el más atrevido de todos en una ciudad donde más o menos todo lo que se bailaba era atrevido. Vestía con extravagancia.

Por satisfacer la fantasía del momento cambió el color castaño de su pelo por un castaño rojizo muy subido, y poco después volvía a dejarlo en su color natural.

Iba por todas partes sin medias, en una época en que las demás muchachas a lo más que se atrevían era a llevar calcetines cortos. Adquirió un maravilloso color moreno aun antes que sus hermanas de Hollywood hubiesen pen-

sado en ir a la playa para tomar baños de sol.

Todos los muchachos más codiciados de la colonia la buscaban por su maravillosa maestría en el baile. Conquistó el amor del joven Mike Cudahy y de mil otros personajes de los mundos social y financiero. Sus travesuras, los rumores de sus diferentes noviazgos, sus idas y venidas, eran datos de interés en la sección de noticias de todos los periódicos del país.

Con todo, en el loco girar de esta vida divertida, Joan nunca olvidaba su objetivo. Bailaba y reía, coqueteaba y daba lugar a murmuraciones, pero su ánimo y determinación no flaqueaban nunca.

Joan era tan infeliz en

estos días, como lo había sido años atrás en su miserable vida de niña en el convento, o en la de jovencita desgraciada en el colegio. Quería tantas cosas!... Éxito, seguridad económica, felicidad... Y todo esto nunca parecía llegar al alcance de su mano!

Su amistad con Dorothy Sebastian, la muchacha de los soberbios ojos castaños, fué una de las grandes dichas en aquel período de la vida de Joan. Las dos muchachas, aunque completamente distintas, tenían una comprensión grande y mutua de sus ambiciones y penas. Pasaban juntas muchas horas tumbadas en la arena de la playa o sentadas en la

sala del pequeño «bungalow» de Dorothy, haciendo proyectos para el futuro, esperando, soñando...

Con Dorothy, Joan podía ser ella misma, no necesitaba fingir, no necesitaba ser la muchacha ligera y divertida que el resto de Hollywood conocía.

Joan trabajaba todo el tiempo. Una película seguía a otra, sin parar, sin ni siquiera un corto descanso entre ellas. Desde los puestos inferiores subió poco a poco hasta obtener papeles importantes.

Con cada nueva película aumentaba su entusiasmo por el trabajo. Ya no echaba de menos el simpático coro ni las luces del escenario, ni los aplausos

y brillantez de Broadway. Poco a poco su recuerdo iba desapareciendo.

Aquella determinación que un día la sacara de la pobreza de Kansas City para llevarla a los coros de «Innocent Eyes» en su ambición de llegar a ser una gran bailarina, la mantuvo ahora como entonces. Tan sólo que su objetivo había cambiado; ya no aspiraba a una carrera de baile. La única cosa que llenaba por completo su mente, lo que más deseaba en el mundo, era una carrera cinematográfica y en ella el puesto de estrella.

Entonces conoció a Douglas Fairbanks, hijo, y desde aquel momento fueron dos las cosas a que aspiraba. El triunfo en la pantalla y la felicidad con él.

Había conocido a Doug superficialmente por algún tiempo, pero siempre tuvo la impresión de que él la miraba por encima del hombro. Instintivamente se daba cuenta de que

(Continuará)



NOTAS BERLINESAS

SIGUEN los estrenos de films parlantes. Y casi todos ellos con fortuna. Claro que ya me guardaré muy bien de emitir juicios sobre el valor artístico real de cada cinta de por sí. Pues sabido es, por desgracia, que las cintas más insulsas son a menudo las que mejor taquilla hacen, dando así un palo al arte en sí. En cambio, hay cintas de elevado valor artístico que no encuentran en el público la acogida merecida. En los estrenos berlineses se ha registrado

de todo un poco. Pero, en general, los resultados han sido satisfactorios. «Hacia Río de Janeiro» («Der Weg nach Rio») es un asunto de trata de blancas bastante bien traído, aun cuando muy «machacado» ya en cinematografía. Yo no conozco la América del Sur, pero, a juzgar por este género de cintas, la trata de blancas debe ser un negocio muy floreciente allá. Y con poco riesgo, puesto que los traficantes raramente pueden ser castigados, a causa, según parece, de ciertas impre-

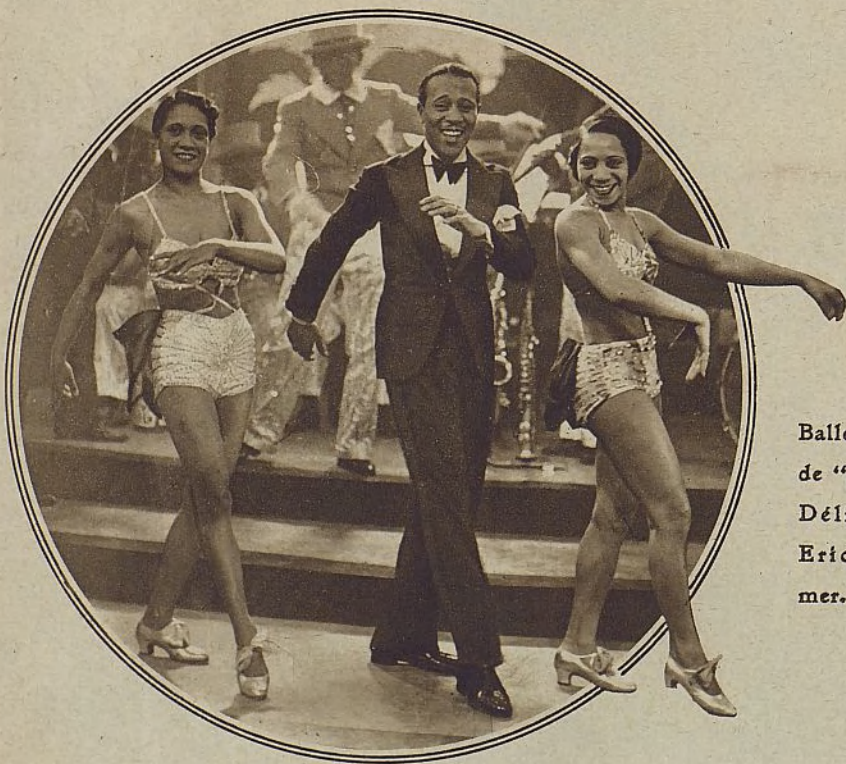
visiones del Código. En todo caso, la cinta que nos ocupa llega a interesar y a emocionar profundamente al público. Es una producción de la casa Stark, de Berlín. «El dueño se casa» («Die Firma heiratet») y «Su secretaria particular» («Seine Privatsekretärin») son dos comedias bastante divertidas, cuyos argumentos se parecen como un huevo a otro huevo. Sin embargo, el público se divierte. Y los dueños de los Cines también. Ha habido tres estrenos más de «menor cuantía», pero que he

§

Los colaboradores de la comedia Ufa-ton, de E. Pommer, «Flagrant Délit».— De izquierda a derecha: Lillian Harwey, Blanche Montel, Oscar Sime, Friedrich Hobländer, Hanns Schwarwars, Günter Rittan y Ralph Arthur Roberts.



§



Ballet negro de «Flagrant Délit», de Erich Pommer.

rán también su camino. Para los industriales, eso es lo principal. El Arte es un lujo muy complicado.

Un estreno interesante tendrá lugar pasado mañana, viernes, en el Gloria-Palast de la Ufa: «El hombre que asesinó». Es una producción Terra-Film, que ha dirigido Kurt Bernhardt. Se tienen muy buenas noticias de esta película, basada en la célebre obra de Claude Farrère.

La segunda parte del programa de producción de la Ufa, 1930-31, comprende seis grandes películas, cuyos títulos son los siguientes: «Su Alteza ordena», «El hombre que busca a su asesino», «El gruñón», «Sumaria preliminar», «En el servicio secreto» y «El tren rápido 13 lleva retraso», esta última con la preciosa rubia Charlotte Susa, excelente actriz, que obtuvo un éxito en la película «El tigre», también de la Ufa. Los asuntos de estas seis cintas parece son de interesantísima trama, cada cual en su género. Es decir, que hay para todos los gustos. Esperemos que así sea, en beneficio del séptimo arte.

La casa Harmonie-Film, a cuyo frente se halla el conocido cinematografista alemán Isi Rosenfeld, secundado esta vez por el célebre y activo productor berlinés Lothar Stark, cuyos profundos conocimientos cinematográficos le colocan a la cabeza del ramo, va a empezar a rodar una grandiosa película de circo, «Salto mortal», dirigida por A. E. Dupont, el realizador de «Variété», «Moulin Rouge», «Dos mundos» y otras. Esta cinta se hace en dos versiones: en alemán y en francés, y en

ella toman parte los mejores artistas. Las tomas de vista empezarán el día 26 del corriente enero, en el Circo Busch de Berlín. Harmonie-Film es la misma casa que ha hecho la película «El amor solfeando».

Acaba de estrenarse la cinta «1914, unos días antes de la gran guerra», de la producción Richard Oswald. Se trata de un curioso documento político que pone de manifiesto todo lo ocurrido en vísperas de la guerra mundial. Los personajes principales son, por su fiel caracterización, por su naturalidad, verdaderas creaciones de los mejores alemanes. Y ¡cosa rara! su estreno no ha originado ningún escándalo por parte de los partidos políticos. Bien es verdad que la cinta ha sido elaborada muy imparcialmente, sin apasionamiento patriótico y sin ofender a nadie. Pero, ¡tampoco en «Sin novedad en el frente» se ha ofendido a nadie! ¡Y también Austria la ha prohibido, a causa de los escándalos de los patrioterros de pacotilla! ¡Viva la libertad!

* * *

Casi todas las semanas salen de Berlín actores y actrices alemanes hacia Hollywood. Los hay que permanecen allá un par de meses. Hay otros que van contratados para una sola cinta, hacen su trabajo en diez o doce días y regresan, para no faltar a sus contratos en los teatros berlineses. Pero luego vuelven a marchar, para otra cinta, y... regresan de nuevo. Hay dos de ellos que, en el espacio de cinco meses, han hecho tres veces el viaje de ida y vuelta Berlín-Hollywood, para hacer tres papeles en las películas alemanas de allá. Lo que significa un número incalculable de kilómetros y una suma considerable de dólares que los americanos han invertido en estos viajes. El único que no ha regresado todavía de allá es el excelente humorista, el actor cómico y escritor satírico Paul Morgan, cuyos artículos descriptivos que publica el diario berlines «B. Z. am Mittag» obtienen en éxito considerable. En estos artículos, el mordaz e irónico Paul Morgan nos cuenta cosas de Hollywood con una gracia irresistible, mostrándonos la vida cinematográfica en caricatura. En una postal que de él recibí recientemente escribe: «Mi buen Guerrita: Yo no comprendo el gusto de estos americanos. ¿Te imaginas tú un Hollywood sin una Plaza de Toros? Yo no. Viviendo bajo este delicioso clima me acuerdo con sincera nostalgia



La preciosa rubia Charlotte Susa, protagonista de «El tren rápido 13 lleva retraso», con Harry Frank en otra de sus producciones: «El Tigre», que le dió fama merecida de gran actriz.

de nuestro viaje a Madrid y de nuestros buenos ratos en Alcalá de Henares (Patria de Cervantes y de las almendras, ¡no lo olvides!, y de buena gana trocaría mi residencia... si no fuera por el olorillo a dólares que en estos parajes respiro». Hace poco me comunicó una sorpresa extraordinaria que le llenó de gozo. Había oído hablar tanto de la afluencia de extranjeros en Hollywood, que el buen Mor-

gan creía que aquello no era ya América. En efecto, casi todas las primeras figuras de los elencos artísticos cinematográficos son de procedencia extranjera. Y el humorista se exclama: «Si oyes hablar de esto, desmíentelo con toda la indignación de que eres capaz cuando una casa no te paga tus honorarios. Pues la otra noche, invitado por un amigo a un restaurante cosmopolita (y aquí lo son todos), descubrí una mesa entera ocupada por AMERICANOS. ¡Imagínate mi sorpresa! Bien es verdad que, como el camarero me dijo, eran americanos residentes en Berlín que habían venido a Hollywood por negocios». ¡Cabe mayor ironía en los apuntes de Paul Morgan?...

ARMAND GUERRA

Berlín, enero 1931.



El operador Carl Hoffmann fotografiando a Charlotte Susa en una escena de «El Tigre».

OROCREMA

JABON DE ALMENDRAS

El tacto delicado y la finura del terciopelo, adquirirá su cutis con el uso del jabón de almendras

OROCREMA

Es el mejor tratado de belleza e higiene de la piel, la que mantiene fresca, lozana, libre de granos y rojeces y en perpetua primavera.

¡Pero pida Orocrema, pues se imita!

LOS PERFUMES DE TASARA
Alfonso XII, 11-Badaloná

Las grandes
películas

en

español



EL PRESIDIO de la M.-G.-M., es una de las primeras producciones habladas en español, que están limpiamente realizadas. Frances Marion ha escrito para ella un argumento lleno de dramatismo y de emoción. Edgard Neville es el autor del diálogo, que aparece espurgado de frases y modismos perjudiciales a la pureza de nuestro idioma. La interpretación es también admirable, destacando José Crespo, Juan de Landa, Tito Davison, Luana Alcañiz, Giovanni Martino y Romualdo Tírado.



MI DOBRE NOVIA, LA "EXTRA" DE CINE

Yo tenía—¡ todos los tiempos pasados fueron mejores!— una novia que era «extra» de cine en los estudios de Hollywood. Se llamaba Nora Phillips. Era pelirroja, azul cielo, una boca jugosa y encendida como la grana, tenía un cutis cerámico y un cuerpo ondulante que se retorció rítmica y graciosamente al andar. La conocí en un «party» que tuvo lugar en la casa apartamento de

tres «extras» amigos míos, y desde esa vez, un beso tuvo la culpa de que nos buscásemos y nos dijésemos cosas almibaradas y adorables de vez en vez, cuando no cursis y baladíes. Nora era inglesa, de Londres, y quizá por su

origen tenía una mirada en la que se reflejaba la bruma londinense. Había en ella algo de frialdad y mucho de reflexión, como es característica de todas las inglesas de cepa; pero en medio de su reflexión y

de su aparente indiferencia, surgía la mujer inteligente que sabía controlar los desbordamientos de su corazón y detener los ímpetus de su sexo.

No sé cómo ni por qué llegué a impresionarme de Nora y no sé cómo ni por

qué Nora se impresionó de mí. Ella era polo, yo trópico; ella era penumbra, yo luz; ella era nieve, yo fuego y ella era cerebral y yo sentimental. Pero a pesar de que éramos diametralmente opuestos, por esa rara ley de las compensaciones de que nos habla Newton, nos atraímos y nos interesamos el uno del otro, al grado de que ella me aseguraba que no dormía si antes no le quemaba los labios con los míos, y que yo tampoco conciliaba el sueño si an-



¿Estará
entre estas
chicas la no-
via de que se ha-
bla en esta crónica?

¡Quién
sabel Pero
no. Aquella
se ahogó en el
Lago Tahoe ha-
ciendo un "do-
ble" de Dorothy
Nackaill.

tes no me untaba el bálsamo de su boca en mi boca.

II

Contra mi costumbre de dormilón, todas las mañanas, antes de que despuntara el sol en el horizonte, dejaba la cama presuroso para ir por Nora y acompañarla a los estudios. Unas veces trabajaba en los estudios Fox, otras en los United Artists, las más en los First National; y había veces que nos veíamos obligados a hacer el viaje hasta los de la Metro Goldwyn Mayer, de Culver City para conseguir «chance» si de antemano no la tenía arreglada. Hubo ocasiones en que yo también fungí de «extra» a siete pesos diarios y otras en que tenía que dejarla en la puerta de los estudios y volverme a mi mullida cama para reponer el sueño perdido por la desmañanada. Pero eso sí, a las cinco de la tarde ya la estaba esperando impaciente para acompañarla a su casa, que era un risueño nido de amor que esofo soun ap spurae a 'etaba por la calle Selma, de Hollywood.

En aquel nido que fué testigo de nuestras divinas locuras, cocinábamos la cena de «waffles» y «hot-dogs»; y después, para ayudar a la digestión, conectábamos el radio con cualquier estación difuso-

ra y a los sonos de una música de jazz nos poníamos a danzar alegremente un «blue» sentimental o un «fox» epiléptico...

III

Después de un buen rato de baile y de alegría y de contarnos cosas a miradas, a suspiros y besos, nos salíamos a la calle y nos metíamos en el primer cinema que nos ofrecía el mejor programa de los muchos que hay a lo largo de Hollywood Boulevard. Por lo general por razones de economía, nos divertíamos en los cines de 10 ó 15 centavos y los domingos «echábamos la casa por la ventana» comprando boletos de un peso en el Teatro Chino.

Recuerdo como si fuera ayer la noche que nos metimos en un cine de tercera categoría para «ver y oír» la película del famoso Al Jolson titulada «Sonny Boy». Esa vez sufrí una de las vergüenzas más grandes de mi vida, porque Nora me vió llorar copiosa e incontinentemente. Me nos mal que ella me secundó; pero de todas maneras no me agradó haberle revelado uno de mis más íntimos secretos: ¡ser muy sensible y muy llorón!

Lo extraño del caso fué que esa noche cuando hubimos salido del cine, nos dirigimos a una casita por una calleja sola y tupida de árboles y sombras, y cuando menos lo esperaba, me abrazó frenética, como

nunca, y llenándome la cara de besos y de mimos, me dijo conmovida: «*Darling, I love you now more than ever!*» No le pregunté por qué ni la razón; pero algunos días después de ese incidente, me confesó, sentada sobre mis piernas, que mis lágrimas la habían convencido de mi sensibilidad y que este detalle en un hombre era nuevo para ella «*porque los americanos no sabían llorar*».

IV

Cuando yo no iba a su casa, ella iba a mi cuartucho de bohemio a alumbrarlo con la luz radiante de su belleza rubia. Mientras yo escribía mis correspondencias para algunos periódicos de México y Centro América, ella se entretenía en pasar revista a todos los retratos que tapizaban las paredes de mi amada buhardilla. Hubo ocasiones en que se disgustaba al leer las tiernas dedicatorias en los retratos de mis admiradas; y otras en que se inflaba de orgullo porque a su amigo lo habían querido dos o tres mujercitas tan interesantes como ella... Así son las mujeres de raras. Nunca saben por qué se enojan ni por qué se alegran. Su cerebro es un laberinto de ideas y su corazón un recipiente de sensaciones...

Empero, yo amaba a Nora...

V

Estaba nuestro amor en plenitud. Nora no te-

nía otro placer que verme y oírme y yo no tenía más ilusión que sentirme acariciado con la mirada azul de sus lindos ojos y la felpa de sus blancas manos. Sus besos para mí eran canción; sus palabras, arrullo y sus caprichos un rosario de mohines adorables. Un gesto mío le decía más cosas que un libro; un enojo la enturbiaba más que un día sin pan, y una noche de luna era para ambos más enervante que una estupefaciente oriental.

Mi inglesita — como le decía yo cariñosamente — había encontrado en mí, quizá, su más alta inspiración y yo había hallado en ella un manantial inagotable de ternuras y de amor.

Así pasaron cinco meses que ahora que los evoco me parecen cinco días...

VI

—Nora—le dije un día—mañana salgo para mi país.

—¿Qué?

—Hace muchos años que no veo a mi familia y ahora se me presenta una oportunidad para visitarla.

—¿Vas lejos?

—No mucho; pero sí lo bastante para no verte en muchos días...

—¿Me escribirás?

—Diario. ¿Y tú?

—También.

Nos besamos y creo que esa noche nos quisimos más que nunca. ¡Cuando me separé después de haberla dicho adiós entre so-

llozos, sentí que mi corazón se quedaba con ella!

VII

El vaivén de la Vida me llevó hasta mi tierra natal y durante las dos primeras semanas a diario recibía cartas de ella. A la tercera semana solamente recibí dos y al mes ya no volví a saber más de mi querida inglesita. Al segundo mes de ausencia mi corazón se bañaba en las aguas de otro amor y poco a poco se fué haciendo menos intenso el recuerdo de mi dulce «extra» de cine, hasta que, por esas leyes ineludibles del Destino, otro amor la arrancó de cuajo de mi corazón.

VIII

Mi tierra, linda y todo, con el tiempo me enfermó de nostalgia. Sentí tanto la necesidad de retornar a Hollywood, que, deseché buenos empleos y hasta esperanzas de un holgado porvenir. Alié mis maletas y en el primer tren que pasaba para el Norte me vine y lo primero que hice al desembarcar en la estación del Sud Pacific, fué dirigirme a la calle Selma, de Hollywood, buscando a Nora.

Con el corazón palpitante de emoción, apreté el botón del timbre eléctrico. Nadie respondió. Volví a apretar. Nada. Creyendo que la conexión eléctrica estaría descompuesta, toqué con los nudillos y na-

(Continúa en «Pantallas»)



Pero
podía ser alguna
de estas bellas «girls»
la desdichada «extra»
a que se refiere Es-
teban V. Esca-
lante.

SILVETAS DEL FILM

Evelyn Laye

EVELYN LAYE, la artista inglesa que hace su debut en «One Heavenly Night» bajo el estandarte de Samuel Goldwyn, es hija de un actor teatral y una artista musical. Nació en Londres el 10 de julio de 1900. La primera educación que recibió fué en su mayor parte debida a sus padres, Gilbert y Evelyn (Froud) Laye, que efectuaban entonces unas tournées por Inglaterra. Después recibió una educación más sólida en el Folkestone College y en Brighton. Siendo la hija única de dos artistas creció prácticamente en la escena. Su primera presentación en público tuvo lugar a la edad de dos años, cuando sus padres formaban parte de la compañía de Charles B. Penley, que efectuaba una tournée teatral representando la obra «La tía de Carlos». Fué necesaria la presencia de una niña para una de las escenas, y su madre, que representaba un papel importante, se sorprendió de la indiferencia y tranquilidad que la pequeña demostraba. A pesar de todo, sus padres eran muy contrarios a que siguiese su misma carrera. El padre de Evelyn, a quien la niña admiraba y casi adoraba como hija, fué una vez gerente del Palace Pier, de Brighton. Era aquél muy aficionado a escribir canciones que hacía ensayar a su muñeca. Así, pues, cuando la escena teatral no estaba en boga, Evelyn cantaba acompañando a su padre. Esta fué su primera educación.

Fué durante su época de colegiala, a los quince años, que Evelyn decidió penetrar por sus propios medios en el mundo teatral. Sin la ayuda de sus padres y sin conocimiento de éstos, se escapó de la escuela y obtuvo su primer contrato teatral. Con la ayuda de un amigo obtuvo un pequeño rol, el de Nang-Ping en «Mr. Wu», que se estaba representando en el teatro Royal de Brighton. Aunque solamente cobraba treinta chelines semanales, estaba muy orgullosa de su primer contrato y desempeñó su papel con tanta seriedad como si fuera una estrella. Hasta que sus padres se convencieron de que era capaz de ganarse la vida por sí sola en la escena, no consintieron en ello. Esto ocurrió en agosto de 1915, y Evelyn continuó su tournée con «Mr. Wu», hasta que se le presentó oportunidad de trabajar en una revista musical de Londres. El 6 de septiembre de 1915 efectuó su primera aparición en la escena de la capital inglesa en «Henri Solt», una obra en la cual desempeñaba un papel poco importante con moderado éxito.

En diciembre de 1916 actuaba en Edimburgo en el Lyceum, donde desempeñaba el rol de Pyrrha en «Oh, César». Este papel no era tampoco importante, y hasta el mes de diciembre del siguiente año no obtuvo mayor éxito. Esto fué en el Theatre Royal de Portsmouth, cuando representaba el papel de «Goody Two Shoes» en la pantomima de este nombre, papel que le valió su primer triunfo. Después de esta representó distintas obras.

En febrero de 1918 sucedió a Noya Nanning en el rol de Leonie Bramble, de «The Beauty Spot», y este mismo año la vió en el principal papel de «Going Up», y como Dollie Pym en «The Kiss Call». La auténtica escena la reclamó después en el Queens Theatre en marzo de 1921 para encarnar a Mollie Moffat en «Nightie Night», y a Mary Howalla en «Mary». En agosto representó en el Oxford un papel de «La Liga de Naciones», y en octubre del mismo año otro de «Fun of the Fayre» en el London Pavilion.

Un año más tarde, en agosto de 1922, cuando trabajaba en «Phi-Phi», miss Laye encontró en su camino al actor inglés Sony Hale. Su matrimonio con éste fué poco afortunado, y últimamente Evelyn entabló una demanda de divorcio.

Durante todo este período, miss Laye usó su voz en varias obras como cantante. Representó papeles de comparsa; desempeñó el

rol de camarera en la escena y apareció en comedias musicales. En un momento dado llegó a ejercer interinamente el cargo de di-

ces Evelyn Laye pensó seriamente en dedicarse a estudiar y cultivar su voz. Siguió después un éxito mayor que el de «La viuda

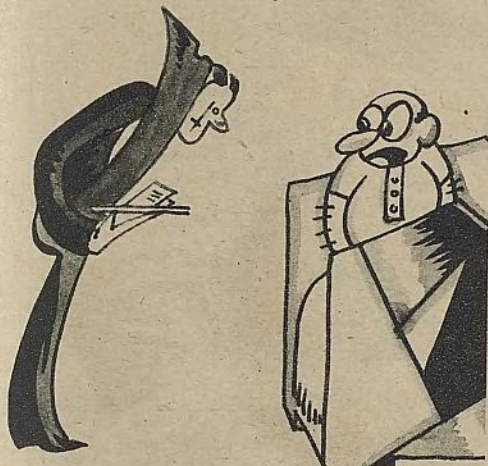


rector de escena en el Duke of York Theatre, mientras en él se representaba la comedia «What a Catch». Pero hasta 1923 no «descubrió» que tenía voz. En mayo de este mismo año representó el papel de Sonia en la reposición de «La viuda alegre», obteniendo tremendo éxito con 469 funciones. Desde enton-

alegre». En diciembre de 1923, como estrella de «Madame Pompadour», su nombre se hizo popular como el de una de las «primadonnas» de mayor porvenir en la escena inglesa.

El año siguiente interpretó el papel de Alicia en «La princesa del Dólar» en el teatro King, de Glasgow. El febrero de 1925 la vió

Segunda carta



Pues sí, soy todo un personaje en esta ciudad donde se ven las «estrellas» hasta en pleno día. ¡Y qué parpadeo el de estas «estrellas», Cirila! Lo que es a mí, en cuanto una de ellas me mira me entra un cosquileo que... etcétera. (Ahora sí sabía cómo acabar el parrafato, pero no me atrevo. Ante todo la decencia.) Tú me dirás que ahí, en el pueblo, también se ven las «estrellas» a pleno sol; pero es

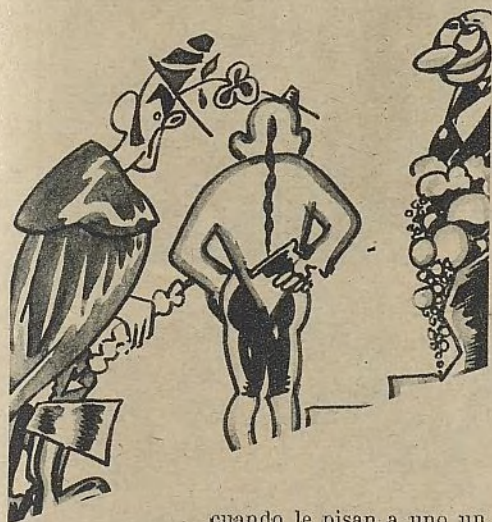


Regaron el redóndel con matafuegos, desinfectaron con Flix, y a continuación hizo el paseo la cuadrilla de Buster Keaton, alias «Pamplinas». Los picadores iban montados en Fords viejos y esqueléticos. (Quiero decir con poca carrocería y ésta estropeada.) Esto me llamó un poco la atención, porque no lo he visto en ninguna corrida de toros de las que se celebran en España; pero me callé com-

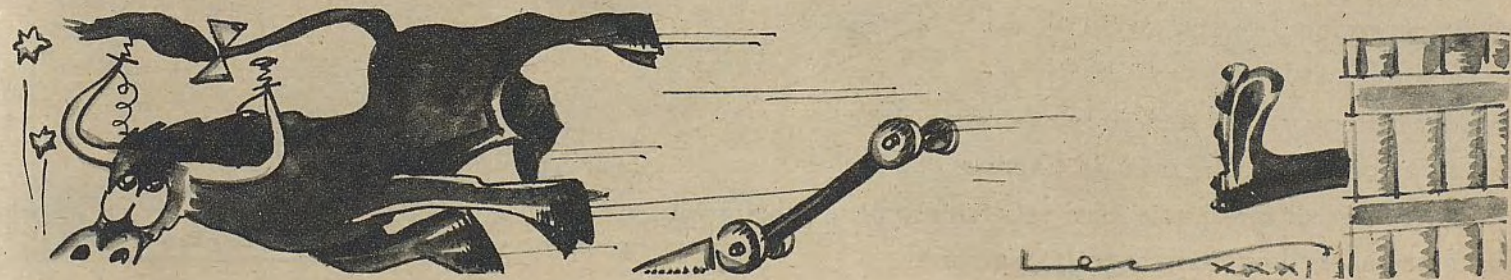


A hand-drawn illustration in black ink on a light-colored, textured paper. The drawing depicts a biplane flying from the upper right towards the center. The biplane has two sets of wings, a tail section, and a fuselage with a small cockpit area. Below the biplane, there are three small, wavy lines suggesting motion or a trail. To the left of the biplane, there is a large, rounded, dome-like structure with a central circular opening at its base. Several lines radiate from this opening, possibly representing a light or a signal. In the bottom left corner, there is a small, dark, irregular shape that looks like a shadow or a small object on the ground. The overall style is simple and sketchy, with visible ink lines and some shading.

CELULOIDE



cuando le pisan a uno un
callo o le atizan un puñe-
tazo en las napias, lo cual no es lo mismo.
Bueno, a lo que iba. Soy toda una perso-



FILM

E
S
P
A
Ñ
O
L

PRIM

La casa Balart y Simó
presentará en breve esta produc-
ción española, en la que se evoca la figura
del general Prim y toda una época, llena de inte-
rés y emoción, de la Historia de España.
José Busch ha dirigido este film, que deseamos marque una
fecha gloriosa en la cinematografía nacional.

El gran charco

Este es el título de la nueva producción de Maurice Chevalier, ídolo de todo el mundo.

Chevalier se presenta esta vez con una actriz joven y bella: Claudette Colbert. Con esta linda muchacha aparece el popularísimo y simpático actor sobre la pantalla del Coliseum y es de esperar que una vez más regocije y sorprenda a sus admiradores... y admiradoras.



L
O
S

G
R
A
N
D
E
S

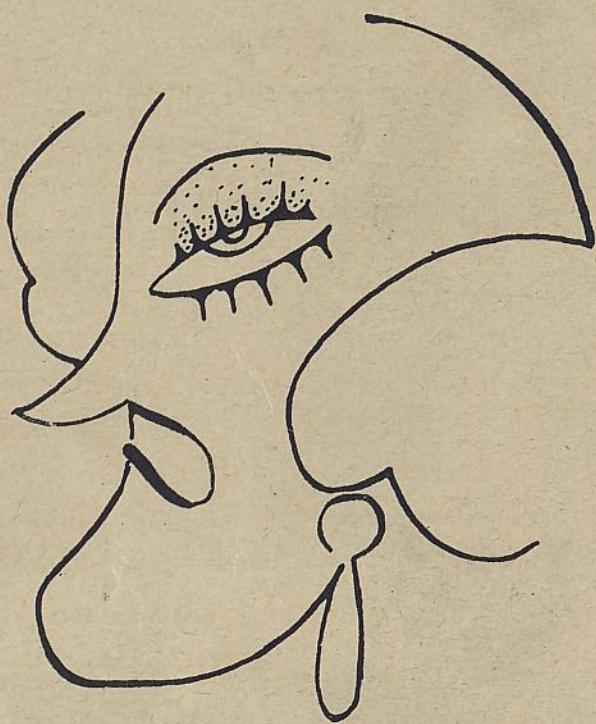
ESTRENOS

DE

LA

TEMPORADA



Gloria
SwansonBuster
Keaton

Douglas Fairbanks.



DIBUJANTES ESPONTÁNEOS

CONSTANTEMENTE llegan a nuestra Redacción cartas acompañadas de originales literarios (!!) y de dibujos, cuya publicación nos ruegan sus autores, meros aficionados a las Bellas Letras y al arte de Bagaría. La mayoría de esos originales van a parar al cesto de los papeles, que es el lugar que les corresponden. Pero no sentimos al realizar esta sencilla operación placer alguno; por el contrario, nos duele darles ese destino que sirve de tumba a tantas ilusiones y esperanzas juveniles. Sin embargo, no hay otro remedio. No tenemos derecho a fastidiar a miles de lectores de nuestra revista por complacer a uno solo que se ha creído un Figaro o un Coke.

Pero cuando esos originales que llegan a nuestras manos tienen un valor, nos sentimos satisfechos de poderles abrir las planas de POPULAR FILM y estimular así a los jóvenes artistas que los firman. Este es el caso de Arias, autor de las caricaturas de Gloria Swanson y Douglas Fairbanks, y de Ibáñez, autor del retrato de Buster Keaton.

Ibáñez y Arias, nuestros colaboradores espontáneos de esta semana, son dos muchachos de quince o diez y seis años que denotan poseer en estos primeros trabajos un gran temperamento artístico y una facilidad en el manejo del lápiz.

EN EL TÍVOLI

Un éxito sin precedentes del cinema documental

Un documento vivo de la Naturaleza

¡Cosas
jamás
filmadas!



¡Lo
desconocido
del corazón
del África!

Película sonora explicada en español

Emoción. - Realismo. - Belleza panorámica. - Escenas impresionantes. - Esto es

MISTERIOS DEL ÁFRICA

PLANOS DE MADRID

Palacio del arte mudo

HACE un año, los cines sonoros eran los menos.

De las cuarenta salas de proyección que, en cifra aproximada posee Madrid, sólo cuatro cultivaban la nueva modalidad.

Hoy ocurre lo opuesto. La excepción es programar cintas mudas.

Y por ser eso lo extraordinario, bien está que se anuncie. Que se subraye el suceso.

Pero en distinta forma. Con otra denominación más modesta y adecuada a la popularidad del espectáculo.

La clasificación de «Palacios del arte mudo» es presuntuosa.

«No lo creáis así, apreciados empresarios» Especialmente en su primera palabra.

Eso de «palacio» en estos tiempos democráticos y animados que corremos, no es oportuno.

Contentémonos con llamarles, sencillamente, guardadores del arte mudo o cines a secas; que esto es ya bastante atrayente por sí solo, sin necesidad de añadidos.

Y esos locales fieles al antiguo silencio de las películas, son—en la actualidad—los siguientes: Goya, Avenida, Madrid, Dos de Mayo, Chueca, Ideal, Príncipe Alfonso, Chamberí, Cervantes, Doré, el teatro del Círculo de Bellas Artes... y que, nosotros recordemos en este justo momento, ninguno más.

Pruebas de un invento

En la Escuela de Ingenieros de Minas se han efectuado, con asistencia de personalida-

des y profesionales, las pruebas de un invento rotulado «Cinsófoto».

Es su autor el ingeniero militar don Carlos Mendizábal Brunet.

Y se trata de un nuevo aparato de cine, cuyo principal mejoramiento es que suprime el parpadeo corriente en la proyección de las películas.

Sus primeras demostraciones alcanzaron un rotundo triunfo.

¡Hora es ya de que un científico español se incorpore al movimiento mundial del perfeccionamiento del cinema!

Nuestras mejores felicitaciones al señor Mendizábal Brunet.

Dialoguillo oído casualmente

—Pero, ¿es que usted, empresario, lo ignoraba?

—Sí, señor. No sabía que ustedes habían opinado ya sobre esa película. ¡Qué lástima! Si me llego a enterar antes...

—¿Qué?...

—Pues que uno, en mi plan de propaganda, a los juicios de la prensa extranjera, los de ustedes, los de los periódicos españoles.

—Temo que no sea usted sincero

—¿Por?...

—Porque no es la primera vez que sucede eso. Siempre es más fácil y de más postín recurrir a la prensa extranjera... Y en secreto: ¿esos elogios, tan seleccionados y solicitados, son inventados o pagados?

—Permítame que no le conteste. Me lo prohíbe el cargo.

—Comprendido. Es usted un lince.

—¡Ja, ja, ja!...

La fábula del león y el negro

¡No dejen ustedes de verlo! ¡¡Es formidable! ¡¡Colosal! ¡Algo nunca admirado!

La cosa, presentada de ese modo, empezaba a intrigar.

Y, conquistado ya uno por la curiosidad, exclamaba:

—¡Caramba! Esto debe ser muy sensacional.

Y, en efecto, lo era, lo es.

Compruébenlo ustedes con sus propios ojos.

Y lean, lean el resto del difundido anuncio.

¡Interesantísimo! ¡¡Un negro devorado por un león!!!

(Paréntesis de no tomar nada en serio, de buen humor matritense. Resultaría de mayor originalidad lo contrario: que el negro devorase al león, pero en vivo, o sea: con piel, garras y fiera.)

A continuación se asegura y garantiza que la escena es auténtica, de realidad directa, sin trampa ni truco.

Y claro, la propaganda surte su efecto de emoción.

Los espectadores se dividen:

—Le digo a usted que es una mentira, una falsedad. Una invención para atraer gente.

—¿Es que no se ve y se oye al negro huir espantado y cómo el león le apresa?

—Sí, pero muy confusamente. Pasa con demasiada rapidez.

—¿Qué quería usted? ¿Qué el león esperase la orden del operador para que saliese mejor el cuadro?

—No me entiende usted. Me refiero a que la escena no aparece completa.

—Por su desagrado, por su horror. Pero se impresionó por entero. E imagínese usted las protestas del público si se diese íntegra...

—Ciertamente...

—Entonces, ¿duda usted todavía de su verdad?

—Me es muy duro aceptarla. ¡Eso de sacrificar a un negro para lograr un instante sensacional!

—¿Es que no pudo ocurrir la desgracia?

—Quizá. Pero lo natural es no enviar a nadie que abandone el refugio salvador cuando se está rodeado de leones. Y al negro se le manda a buscar la muerte...

—Usted se olvida de lo poco que para algunos significa la raza negra. Pero no nos desviemos del tema. En resumidas cuentas: ¿le gustó o no la película?

—Me distrajo. Es un viaje a través de África ameno y entretenido. Pero sólo con un misterio: el episodio del negro y el león. Los otros capítulos—el de los pigmeos, el de las mujeres con boca de pato, el de las jirafas, la plaga de langostas...—los conocíamos ya.

Y esta discusión alrededor de esa escena cumbre del film «Misterios de África»—exhibido entre nosotros con inusitado éxito de espectadores—es lo que constituye «La fábula del león y el negro», de última novedad.

¡No dejen ustedes de verlo! ¡Formidable! ¡Asombroso! ¡Lo nunca contemplado! ¡Un negro devorado por un león!...

Fruto de la labor del Cineclub

¡Alegrémonos de ello!

Los cines comerciales copian a las salas especializadas, de grupo, de minoría.

Y así, el cinema se reintegra, vuelve a su puesto real de ser para las masas, para los más heterogéneos públicos.

En ese fruto de su labor, hallamos ya un gran aplauso para el Cineclub.

Con escasa diferencia de días se estrenaron en nuestras pantallas varias películas de repertorio de esa orientadora entidad. «Tempestad en Asia», soviética, de Pudovkin; «Tartufo», por Emil Jannings y dirigida por el mago Murnau y «Romanza sentimental», de Sergio M. Eisenstein. Que inexplicablemente permanecían alejadas de nuestras carteleras; cuando lo estupendo del cinema es su carácter único de espectáculo para toda clase de gentes, comprendidas las más vulgares e incultas.

EL ÚLTIMO



El deseo de todo aficionado al cine

es poseer las fotografías y biografías de todos los artistas cinematográficos notables; usted puede fácil y económicamente coleccionarlos comprando semanalmente

Las Estrellas del Cine

Colección de 8 artísticas postales y suplemento con las biografías, 30 céntimos.

Estas colecciones constituyen la más completa galería cinematográfica publicada hasta la fecha.

Están puestas a la venta las 10 primeras colecciones y también un magnífico ALBUM PARA 200 POSTALES, 2 pesetas.

En todas las papelerías y quioscos.

Enviamos franco portes estas colecciones y Album remitiendo su importe en sellos de correo a

Editorial Gráfica-Rbla. Cataluña, 66-Barcelona

Las Fajas

“MADAME X”

interpretan
la moda



Establecimiento “Madame X”

Rambla de Cataluña, 24

(Entre Cortes y Diputación)

BARCELONA

TELÉFONO 21343



Melodía del corazón

(Final del número.)

Número de la película Ufa de igual título, interpretada por Dita Parlo y Villy Fritsch. - Música de Von Werner R. Heymann.



En qué se emplea el dinero del cinema

Si algún desocupado funcionario de los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer se dedicara a formar un gran infolio con las facturas del departamento de compras de los estudios, tal libro sería uno de los más interesantes que haya visto la luz pública.

Hojeándolo descubriría el curioso cifras tan fenomenales y descripciones de mercancías tan variadas como pintorescas; pero, en defecto de ese volumen, he ahí al agente de compras de los estudios, un libro viviente, que puede decir a cuantos tienen la fortuna de escucharlo algunas cosas muy curiosas. A saber:

Que la cinta de celuloide consumida por la Metro-Goldwyn-Mayer durante un año bastaría para rodear completamente la esfera terrestre.

Que la Metro-Goldwyn-Mayer compra anualmente alrededor de 125,000 artículos diferentes, de 150 compañías manufactureras en 37 países.

«No creo que haya en el mundo mercancía alguna que la Metro-Goldwyn-Mayer no compre en el espacio de un año», dice el agente de compras de los estudios.

Tal cosa no es difícil de creer, después de todo, ya que el inventario de la Metro-Goldwyn-Mayer incluye, entre otras cosas, substancias químicas, trajes de mujer, sedas, cáñamo, sangre artificial, madera, muletas, clavos, luces eléctricas, cunas, alambre de cobre, llantas de automóvil, gasolina, cemento, pinturas, sillas antiguas, cristales, porcelanas, chinillas, yeso, pólvora, sextantes, dinamita, radios, fonógrafos, instrumentos telegráficos, libros, lápices, lápices para los labios (por millares), cosméticos, semillas de césped, má-

quinas para cortar hierba... y así hasta lo infinito.

El mencionado agente de compras — héroe ignorado — se ve a menudo obligado a conseguir en pocas horas los bichos y objetos más singulares: v. gr.: cucarachas vivas para la homérica carrera de cucarachas de «El presidio», o una foca amaestrada para hacer las delicias de Juan de Landa en su reciente película «En cada puerto un amor».

Reflexionando en esto se da uno cuenta de adónde va a parar el dinero del cinema, y de por qué algunas películas modernas cuestan una fortuna.

Por principio de cuentas, para hacer una película se necesita una historia, y para escribir una historia se requiere papel. Por ejemplo, antes de principiar siquiera los ensayos de una película como «Madame X» o «Estrella negra», hay que consumir 20 toneladas de papel en diálogos, instrucciones, etcétera, además de 200,000 hojas de papel de copiar y 3,300 cintas de máquina.

Los carretes de metal en que las cintas se enrollan y son enviadas fuera de los estudios y que se usan en las máquinas proyectoras en las cinco partes del mundo, son un gasto que la gente de los estudios, acostumbrada a oír hablar de sumas gigantescas, no considera digno de mención. ¡Y, sin embargo, la Metro-Goldwyn-Mayer consume cerca de 10,000 carretes en un año, lo bastante para tener ocupado a todo el personal de una fábrica por varias semanas!

Tal vez, empero, el dato más significativo de todos es que para el pago de facturas y sueldos en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, se firman ¡130,000 cheques!

sas llenan este enorme escenario, en el que se desarrolla el sensacional motín armado entre los reclusos que constituye la escena culminante de la obra.

Los mejores actores de habla española se cuentan entre los intérpretes, encabezando el reparto José Crespo, Juan de Landa, Tito H. Davisón y Luana Alcañiz.

Columbia Pictures acaba de comenzar la filmación de su primera película dialogada en español.

Como ha venido anunciando desde hace algún tiempo, Columbia intenta invadir el campo cinematográfico español, haciendo películas del gusto del público latino, y escogiendo para lo mismo, las mejores obras y los mejores actores.

Actualmente Columbia acaba de comenzar la primera producción, tomando para ello la célebre obra «El Código Penal», que acaba de filmar esta misma compañía en inglés, con un éxito extraordinario, habiendo tomado el papel principal en inglés el notable escritor Walter Huston.

Barry Norton, el carácter juvenil de la pantalla que tan conocido se ha hecho, ha sido obtenido por Columbia, desde la Paramount a cuyo elenco pertenece el joven actor.

Norton es argentino y hace años dejó su país para ingresar en la carrera cinematográfica, habiendo logrado éxitos en películas americanas, como: «The Lilly», «El precio de la gloria», «Ankles Preferred», «El corazón de Salomé», «The Wizard», «Flettwing», «La Legión de los Condenados», «The Exalted Flapper», etc. Todas estas cintas antes del advenimiento de cintas parlantes. A causa de su conocimiento de ambos idiomas, español e inglés y de su habilidad histriónica, el joven Barry Norton es una de las figuras más disputadas actualmente en el cine.

En esta película Carlos Villarias tendrá el importante papel de guardián de la cárcel que correspondió a Walter Huston, el gran actor, en la versión inglesa. El role femenino de mayor importancia estará a cargo de la bella artista española María Alba, conocida por sus caracterizaciones en «Sus ojos azules», «Una muchacha en cada puerto», «El caso de Mary Brown», «La calle de la Alegría», y «Héroes del Infierno».

Conjuntamente con estos artistas trabajarán en «El Código Penal» Manuel Arbo, Julio Villarreal, Alfredo Del Diestro, Ramón Peón, Soriano Viosca y José Peña Pepet, todos de reputación en el cine.

Phil Rosen dirigirá la producción. La adaptación de esta obra estuvo a cargo del señor Cirici Ventallo, miembro del periódico «El Debate» de Madrid, y recientemente asociado con el «Excelsior» de México y «Revistas de Revistas» del mismo país.

La voz de Greta Garbo

GRETA GARBO, la más cosmopolita de las artistas, la que ha encarnado el papel de una americana en «La mujer ligera», de una francesa en «El beso», de una sueca en «Anna Christie», interpreta el papel de una italiana en «Romance», la bellísima película de la Metro-Goldwyn-Mayer, que se estrenará muy en breve en esta ciudad.

En «Romance», que es la película más impregnada de poesía que ha interpretado la Garbo, ésta es una cantante de Florencia, de paso en Nueva York en tournée artística, cuya vida frívola de mujer galante, se ve un día conmocionada por el amor redentor que sabe inspirarle un joven pastor americano.

Garin Gordon, un nuevo actor debutante en el cine, interpreta el papel de pastor protestante, con una sobriedad y justeza remarcables.

Lewis Stone, el ponderado actor tiene también en «Romance» un importante papel.

«Romance» es además la película que nos da a conocer la voz de Greta Garbo, hasta ahora la reina de la pantalla muda, y que en adelante será también a no dudar la reina del cine sonoro.

Un escenario colosal para «El presidio»

En la construcción de la vasta penitenciaría que aparece en «El presidio», la película de la Metro-Goldwyn-Mayer totalmente hablada en español, que describe la vida y los sangrientos motines en las grandes instituciones penales norteamericanas, que se estrenará próximamente en esta ciudad, se emplearon más de dos vagones de acero.

La penitenciaría construida en los talleres de la Metro-Goldwyn-Mayer para esta sensacional obra dramática, es una copia fiel de varias prisiones semejantes en los Estados Unidos de Norteamérica. Más de mil compar-

PELUQUERÍA PARA SEÑORAS

ONDULACIÓN PERMANENTE

Completa 15 Ptas.

Realizada con los mejores aparatos modernos, conocidos hasta la fecha

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.

Ronda San Antonio, n.º 1 (Entrada por la Perfumería) - Teléfono 13754 - BARCELONA



PANTALLAS

Mi pobre novia, la "extra" de cine

(Continuación de las pags. 10 y 11)

da. Luego me asomé al través de una ventana y vi el interior desierto. Ya me iba tristísimo cuando la «dandady» me salió al paso y reconociéndome me preguntó:

—¿Buscas a Nora?
—Sí, señora.
—¿Luego no sabes lo que le pasó?
—No.
—Haciendo un «doble» de Dorothy Mackaill en el

Lago Tahoe se ahogó—, me dijo ex abrupto.

—¿Qué dice usted?
—Y como por encanto su cuerpo no volvió a aparecer en la superficie del agua.
—¿De manera que ...
—Todo inútil. Las aguas de ese lago tienen la cualidad de no devolver ni una

sola vez a sus víctimas.
—¿Está usted jugando conmigo?

—No, no juego. Corre fama ese lago por el raro fenómeno de sus aguas: ¡el que muere allí, jamás vuelve!

Cierto, muy cierto. Las

aguas del lago Tahoe no devuelven a sus víctimas. ¿Por qué? ¡Nadie lo sabe! ¡Sólo Dios!
¡Allí está, pues, en el Lago Tahoe, la tumba de mi inglesita de los ojos azules, mi dulce novia la «extra» de cine!

ESTEBAN V. ESCALANTE
Hollywood, Calif., 1931.

Siluetas del Film

(Continuación de la pág. 12.)

en el mismo papel en el Daly. En junio como Cleopatra en la obra de este título, y en noviembre en el Adelphi como Betty, de «Betty of Mayfair».

En septiembre de 1926, miss Laye desempeñó el rol de Molly Shine en «Merely Molly»; en marzo de 1927 sucedió en el Palace a Winnie Melville en el papel de Princesa Elena, en «Princess Charming»; en diciembre trabajó en el Daly como Lili, de «Lilac Time», y en diciembre del año siguiente interpretó este rol de nuevo en el mismo teatro. En abril de 1928 trabajaba en el Piccadilly como Geor-

ge Ann Bellamy, de «Blue Eyes».

Un año más tarde, en abril de 1929, apareció Evelyn Laye en el rol de Marianne, la protagonista de «The New Monn». Samuel Goldwyn la vió entonces en el Drury Lane Theatre y la contrató para aparecer en un film americano. Poco después la vieron también trabajar Noel Coward y Charles B. Cochran, ofreciéndole el papel de estrella de la producción americana «Bitter Sweet». Esto representó su alejamiento de la escena inglesa y su traslado a Nueva York.

El conocimiento que de América tenía Evelyn Laye se limitaba principalmente a una copia que atesoraba de una colección de dibujos titulada «Buster Brown», que su padre

le regaló cuando regresó de su tournée por Yanquilandia con la obra «Peter Pan».

Cuando aceptó la proposición de Coward y Cochran, miss Laye efectuó su primera visita a los Estados Unidos en los últimos días de 1929. Obtuvo pronto un enorme éxito en el rol principal de «Bitter Sweet» en el teatro Ziegfeld. Después de cinco meses de representaciones de esta opereta, Evelyn regresó triunfante a Europa para descansar brevemente en Inglaterra.

Actualmente esta artista ha producido ya un film para Samuel Goldwyn, al cual nos hemos referido al principio de este artículo, que es su primera película sonora, pues ya ha aparecido en algunos films cortos ingleses de menor importancia.

Una postal cada ocho días

Revisión de films mudos

MIENTRAS unas salas de los boulevares encienden sus neones con el anuncio de películas sonoras, parlantes y cantantes en francés, otros cinemas más modestos hacen una revisión de las mejores películas mudas.

Ya no son las salas especializadas, como el Vieux-Colombier, Les Agriculteurs o L'Oeil de Paris, quienes reponen estas bandas. Estos días pueden verse tres viejas películas que serán por mucho tiempo los mejores ejemplos del cinema. Sobre los boulevares se han repetido los carteles que se han eternizado en otras fechas. Es como una revancha del cine mudo a la invasión del nuevo. Mientras las carteleras de los cinemas equipados se ven obligadas a renovarse semanal o quincenalmente, los que todavía persisten en una actitud silenciosa con una o dos películas retrospectivas, tienen programa para todo un año.

La gente parece que se fatiga mucho más de los diálogos teatrales que de ver a Greta Garbo y Jhon Gilbert en «El demonio y la carne», o a Janet Gaynor y George O'Brien en «Amanecer», o a Rodolfo Valentino y Vilma Banqui en «El águila negra», o a Douglas Fairbanks en «El signo del Zorro», cuyos carteles nos son familiares desde hace mucho tiempo.

Nuevas salas cinematográficas

Después del «Roxi Cinema»—inaugurado con «El defensor»—de «L'Ermitage»—, con «Sin novedad en el frente»—del «Estudio Paris»—, con «Fisiopolis»—de «Les Miracles»—, con «Aleluya»—, se abre otro cinema—bajo los auspicios de «Le Petit Parisien» y «Excelsior»—en la Avenida de los Campos Elyseos (sala pequeña, diminuta, elegante, incapaz para más de cuatrocientas plazas, equipada, sin embargo, con los más altos perfeccionamientos de la técnica moderna) y Gaumont-Franco-Film-Aubert—, nos anuncia la apertura de su nuevo cinema—«Elysee Gaumont»—para el 27 de febrero próximo, con «David Golder», el gran film de Julien Duvivier, como base de programa.

“El misterio del cuarto amarillo”

Existe gran expectación por conocer el nuevo film de Marcel L'Hervier, que se anuncia con el título de «El misterio del cuarto amarillo», y que está basado en el libro de igual título de Gaston Lerroux. El hecho de que sea L'Hervier quien haya llevado al cinema la obra policíaca del célebre folletínista, justifica el interés que su anuncio ha despertado.

«El misterio del cuarto amarillo» será el segundo film presentado por los Films Osso.

París, enero de 1931.

JUAN PIQUERAS

Un actor que reaparece: William Farnum

WILLIAM FARNUM, cuyo fruncido ceño formaba parte integral de la vasta estructura en que se apoyaba la industria cinematográfica, reaparece en el film de Norma Talmadge, «Du Barry», desempeñando el papel de Luis XV en esta

adaptación de la obra de Belasco y reviviendo sus mejores tiempos. El robusto hombre de los bosques nórdicos, siniestros valles, ciudades mineras y buques de piratas de las películas silentes, ha obtenido un importante papel en el film sonoro de Norma Talmadge, y tanto esta estrella como el director, Sam Taylor, manifiestan su entusiasmo por la actuación de Farnum.

Algo de la tradición cinematográfica incorporada en «The Little Colonel», de «El nacimiento de una nación», la Mary Pickford de las guedejas de oro, los zapatones de Charlot y la timidez de la delicada Lilyan Gish, está envuelto también en la figura de William Farnum. Su hermano Dustin murió hace más de un año en Long Island. Los demás Farnum han desaparecido y es ahora William quien después de unos años de enfermedad y de pena, aparece ante los millones de aficionados al cine a quienes emocionó con sus enérgicos puñetazos y atlética complexión en los días en que las «vamps» eran «vamps» y los villanos, villanos.

Gary Cooper apareció recientemente en un teatro de Broadway en la versión cinematográfica de «The Spoilers». Este fué el primer rol de Farnum en la pantalla. Un día paseaba por el Broadway y encontró a Rex Beach, el novelista, que le anunció que el coronel Selig deseaba filmar la novela de Beach, «The Spoilers», a condición de que Farnum fuera el protagonista. En aquel tiempo Farnum gozaba de una magnífica situación en el teatro. Mediante un buen sueldo, transporte a Hollywood en automóvil y alguna otra condición, Farnum realizó el film, que se estrenó en el Strand Theatre de Broadway, siendo entonces el artista huésped de Adolph Zukor. Este le persuadió de que hiciese «La redención de David Corson» y «La señal de la cruz». Después William Fox le hizo filmar un contrato a consecuencia del cual realizó «Sansón». Después Fox quiso que representase «Riders of the Purple Sage», y Farnum accedió a condición de que le diese seis meses de tiempo para prepararse para este rol del Oeste. Se dedicó, pues, medio año a la equitación y tiro al blanco.

¿Recuerdan ustedes a William Farnum en «Los Miserables», «La historia de dos ciudades» y «Si yo fuera rey»? Donn Byrne habría llamado a estos días gloriosos, los días en que los hombres no cantaban malas canciones por unas buenos peniques. Los días de las grandes figuras de la pantalla, los superhombres que hacían olvidar a los escribientes y tenderos lo prosaico de su vida.

Cuando la virtud o la honradez estaban en peligro, irrumpía siempre Farnum en la escena como un huracán, dispersando a los malhechores y castigando a los villanos. Nadie toma hoy por lo serio, en estos días de realismo, aquellos momentos trascendentales en que el público de la galería se entusiasmaba y los muchachos chillaban de gozo al ver a su héroe triunfante. En las películas de entonces ocurrían muchas cosas: la acción era movidísima, los artistas demostraban un temperamento muy viril y enérgico, había una ingenua honradez, de la que se hace burla demasiado frecuentemente. No obstante, el público no ha perdido aún su afición por los héroes de película. Le gusta aún ver la virilidad y recio temperamento en los astros de la pantalla. Así, Bancroft, es simplemente el modelo 1930 del Farnum del 1914.

En el film de Norma Talmadge, «Du Barry», desempeña un rol vigoroso, una caracterización bien definida. Cuando encarnando la figura de Luis XV su masculina figura ceñida por un uniforme avanza por entre dos filas de guardias balanceándose un poco al andar, nos recuerda al antiguo Farnum con su ceño fruncido y su ancha frente que pide una foga para enmarcar su clasicismo griego.

Sales Litínicas Dalmau

EFERVESCENTES

PRODUCTO NACIONAL



¡¡POR FIN!!
*Encontré las mejores
y más económicas*

Para combatir la **Gota**,
Reumatismo, **Artritis**,
Estreñimiento, **Enfermedades**
del Estómago, **Hígado**,
Riñones, **Vejiga**,
Hiperclorhidria,
etcétera.

SE EXPENDEN EN:

VASOS y CAJAS

cristal de **12 paquetes**
para preparar **12 litros**

metálicas de **15 paquetes**
para preparar **15 litros**

de la mejor y más económica **agua mineral de mesa**

Depositararios exclusivos:

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.
Princesa, 1
BARCELONA

—¿Cómo puede ser que el Rey esté en dos puntos dis-
acabo de ver en compañía del conde Fritz.
—Si, caballero; es cierto que está herido; pero le
Strakenecz—. El Rey está herido en el castillo de Zenda.
—¡Qué tontería, muchacha! —replicó el mariscal
el bosque. ¿Quiere usted que le conduzca donde está?
—Señora —le gritó alborozada—, el Rey está ahí, en
cuentro de Flavio.
Pero la aldeanita, que nos había seguido, corrió al en-
matas.
debíamos dejarnos ver y me hingué de rodillas entre unas
Comprendí por la mirada de mi compañero, que no
ramas a la Princesa.
y mirando por entre los árboles, percibí a través de unas
brazo de mi fiel amigo, cuando de pronto, alzando la vista
Había yo reaccionado y podía andar apoyado en el
«prisionero» Llegaban a la orilla del bosque.
plicar una vez más a Flavio que retrocediera, Fritz y el
en que el mariscal subía la colina en su carruaje para su-
La Princesa llegó a Zenda entretanto. En el momento
efervescencia.
donde el gobierno podía temer que se manifestara cierta
acuartelar las tropas y ocupar militarmente los barrios
Llegaron a Strelsau casi al mismo tiempo que la orden de
roto. El telégrafo las transmitió en seguida y los partes
Todas estas noticias produjeron suma emoción y albo-
do, se apoderó del castillo de Zenda.
propio que sus ayudantes, y que el Rey, aun cuando heri-
un combate furioso; que el duque Negro murió en él, lo
tillo de Zenda, fue traicioneramente atacado; que se entabla-
caciones relativas al secuestro de un amigo suyo en el cas-
noche anterior a visitar a su hermano para pedirle expli-
Circuló rápidamente la noticia de que el Rey, yendo la
Y así desfilaban por las calles de la ciudad.
Princesa siguió inmediatamente detrás.
y su escolta tomaron el camino de Zenda, el carruaje de la

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

A N T H O N Y H O P E

Y de pronto se arrojó en mis brazos y yo, en silencio,
la estreché contra mi pecho.
Spat me puso la mano en el brazo.
Le miré y dejando tendida a la Princesa sobre el cé-
ped, me alejé dándole una última mirada y maldiciendo
mi suerte.
¿Por qué no permitió Dios que la espada de Ruperto
me salvara de tal tormento?

CAPÍTULO XX

EL FIN DE UN SUEÑO. — ÚLTIMO ADIÓS

Era de noche. Estaba en el calabozo del castillo de
Zenda, donde el Rey había pasado tan tristes semanas. El
ancho tubo que Ruperto de Hentzau llamaba la escala de
Jacob, había sido arrancado y la claridad de la luna disi-
paba la oscuridad. Todo estaba en calma: el estruendo y
los gritos del combate se habían desvanecido.
Pasé el día oculto en el bosque en compañía de Fritz.
Al anochecer y bien entapujado, me llevaron al castillo.
Aun cuando tres hombres habían muerto en aquel ca-
labozo y dos de ellos por mi mano, no tenía la imagina-
ción turbada por ningún fantasma. Estaba echado en una
cama de campaña y miraba correr el agua negruzca del
foso.
Juan, cuya herida no tenía la menor gravedad, me trajo
de cenar y me dió noticias: el Rey estaba mejor; la Prin-
cesa tuvo una larga conferencia con Sapt y Fritz y a con-
secuencia de ella el mariscal Strakenecz marchó a Strelsau.
Se velaba el cadáver del duque Negro. Antonieta Mau-
bán no se apartaba de su lado. Los cantos fúnebres, los
himnos y las voces de los sacerdotes en la capilla llegaban
hasta mí.
Por la ciudad circulaban extraños rumores. Unos de-

su primo y novio estaba en el castillo? Cuando el mariscal
? Pensaban que permanecería en Tartenheim, mientras
princesa Flavio se negó a obedecer.
Todo cuanto mandó el Rey, todo cuanto encargó el
primo, todo cuanto insistió el mariscal resultó inútil: la
jeres.
mejor concebidos, quiero decir en la terquedad de las mu-
refiere a una fuerza que muchas veces frustra los planes
Se realizó punto por punto, exceptuando en lo que se
Tal era la combinación ingeniosa de mis amigos.
su hermano natural.
el país y habiendo escapado a las criminales tentativas de
sus derechos, después de realizar una obra muy útil para
Así es como el Rey volvía a entrar en el pleno goce de
de su primo y sus instrucciones.
de la quinta de Tartenheim, donde debía esperar la llegada
dad y decir a la princesa que en modo alguno se moviera
heim para avisar al mariscal que el Rey estaba en seguri-
Por otra parte, se envió a escapar un correo a Tarten-
mitir que comunicara con persona alguna.
encontrado se le debía llevar a presencia del Rey, sin per-
lante de la servidumbre del duque. Tan pronto como fuese
desaparecido después de pasar como un relámpago por de-
perció en el combate. Por lo que hace al prisionero, había
herido, descansaba en el propio lecho del duque Negro, que
guardaban a su amigo; pero les mató, por fin, y ahora,
el Rey fue gravemente herido por los calaboceros que
quien representaba el papel de amigo. Durante la pelea
Rey, éste quiso libertarlo. (Como se comprenderá, era yo
«Hablando el duque Miguel secuestrado un amigo del
como fue:
Resuelto tan espioso punto, Fritz preparó la versión
sarias. Antonieta y Juan debieron jurar que callarían.
meses en un calabozo. Sapt adoptó las precauciones nece-
oficial de los acontecimientos. He aquí, a grandes rasgos,

A N T H O N Y H O P E

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

no le impedía amar al duque. Esperaba obtener del Rey,
en premio de sus buenos servicios, si no el perdón del du-
que, su vida cuando menos.
No deseaba la victoria de Miguel, porque la indignaba
su crimen y más aún lo que debía ser su recompensa en
caso de buen éxito, es decir, su boda con la princesa Fla-
via.
Ya en Zenda, otros elementos complicaron la situación,
entre otros, el capricho de Ruperto por Antonieta. Le se-
dujo su belleza y quizá también el ser fruta prohibida para
él y el hecho de advertir que se le odiaba. La escena que
ocurrió, y que presencié en parte, en el cuarto de Anto-
nieta, no fué un hecho aislado. Las proposiciones que Ru-
perto me hiciera no la sorprendieron ni poco ni mucho
cuando se las referí. Ella misma había puesto en guardia
a Miguel contra Ruperto.
Aquella noche Ruperto, por medio de una llave falsa
hizo irrupción en el aposento de la dama y trató de rap-
tarla.
Al oír los gritos de su amante, el duque acudió y los
dos hombres se batieron a obscuras.
Ruperto, después de herir mortalmente a su jefe, saltó
al foso. La sangre que le manchaba la pechera de la camisa
era la que brotó de la herida del duque; pero Ruperto, no
sabiendo que había matado a Miguel, quiso abreviar la
lucha antes de que llegara gente en auxilio de su rival.
No sé lo que pensaba hacer de su cuadrilla, de los su-
pervivientes de los Seis; pero la muerte de Miguel no fué
premeditada.
Antonieta, una vez sola con el duque, trató en vano de
restañar la sangre que se escapaba y con ella la vida; a los
pocos minutos el desdichado había muerto.
Enloquecida por el dolor y oyendo como Ruperto inju-
riaba a los servidores del duque, salió con intención de
vengar a éste. No me había visto; sólo advertió mi pre-
sencia cuando salté al foso persiguiendo a Ruperto.

Chocolates



Casa fundada en 1800

**Chocolates de tipo familiar, puro, con almendra, con leche,
gusto francés, Caracas**

Depósito central: Manresa, 4 y 6 - Barcelona

Publicidad La mejor realizada es la que se haga en **Popular Film**

Vda Laporte 104 Hospital 104 Barcelona

MUEBLES

FABRICA DE MUEBLES Vda LAPORTE

MUEBLES GRAN EXPOSICION

104 HOSPITAL 104

MUEBLES

EL 104

TELÉFONO 18114

60 HABITACIONES INSTALADAS EN EXPOSICIÓN PERMANENTE

HUECOGRABADO
Paris, 134-Barcelona

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

J. C. Brown